

BOLSILIBROS
BRUGUERA

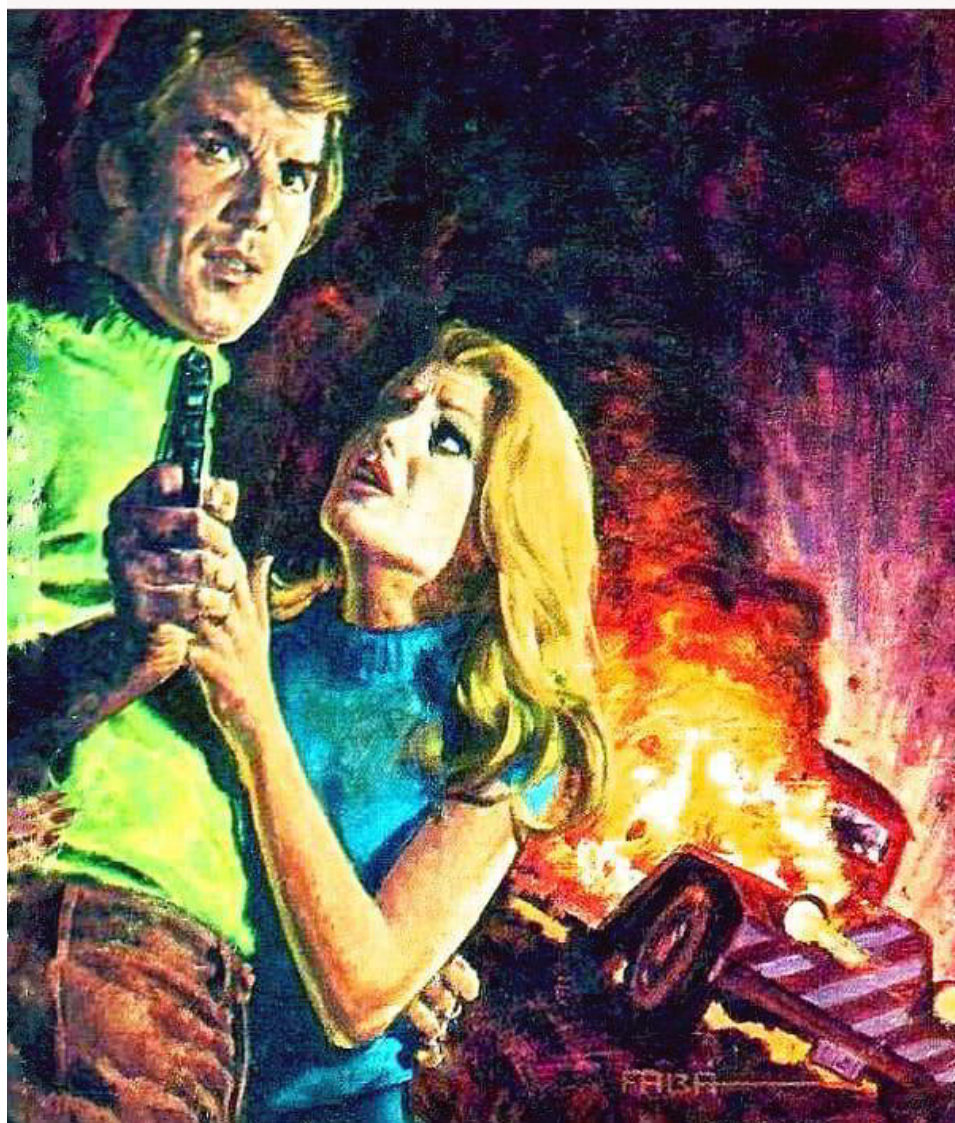
POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

oro sucio

Kelltom McIntire



—Lárgate —gruñó, colérico, el sargento detective McGee.

El joven que estaba tendido sobre el camastro se puso en pie perezosamente y se estiró como un felino.

Tenía unos brazos largos y musculosos y unos hombros prodigiosamente anchos, cuadrados.

Los músculos, elásticos y abultados, podían adivinarse sin esfuerzo bajo el fino suéter de manga corta.

Contemplándole, el sargento se sintió admirado, bien a su pesar.



Kelltom McIntire

Oro sucio

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1291

ePub r1.0

Lds 13.07.18

Título original: *Oro sucio*
Kelltom McIntire, 1975
Cubierta: Fabá
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Lárgate —gruñó, colérico, el sargento detective McGee.

El joven que estaba tendido sobre el camastro se puso en pie perezosamente y se estiró como un felino.

Tenía unos brazos largos y musculosos y unos hombros prodigiosamente anchos, cuadrados.

Los músculos, elásticos y abultados, podían adivinarse sin esfuerzo bajo el fino suéter de manga corta.

Contemplándole, el sargento se sintió admirado, bien a su pesar.

McGee admiraba a Larry Wallace y... le odiaba al mismo tiempo.

—Usted me odia, sargento —dijo Wallace en aquel instante. Apoyaba las manos en actitud chulesca y contemplaba al policía con expresión burlona.

McGee pronunció una palabrota.

¿Por qué odiaba a Wallace? ¿Porque el muchacho había demostrado excesivo interés en husmear por los alrededores de la estación de policía o... porque Larry era alto, fuerte, atractivo, seguro de sí mismo...? McGee escupió en el suelo y miró a Wallace de la cabeza a los pies.

—Eres un gusano, Larry. No mereces el menor interés. Márchate, basura. Eres libre, aunque no lo merezcas.

Hablaba con voz reconcentrada, lenta y odiosa.

Por toda respuesta, Wallace inclinó la cabeza para abandonar la celda.

En el pasillo se olía a letrinas, a zotal y a cucarachas.

Al final del pasillo, Wallace se detuvo y miró a McGee, al que superaba al menos en veinte centímetros de estatura y otros tantos kilos de peso.

—No diga tonterías, sargento. Si Boldie ha retirado su denuncia, por algo será —dijo.

—Boldie tiene una razón. Se llama miedo. Boldie tiene miedo. Teme que le asalten en cualquier callejón oscuro y le asesinen.

Wallace rió con ganas, con evidente buen humor. Sabía reír de forma muy agradable, juvenil.

—No soy Jack el Destripador, McGee.

—Sargento McGee —rectificó el policía, rudamente.

—Como quiera —contemporizó Wallace—. Usted sabe que si golpeé a Boldie fue porque ese alcahuete lo había merecido de sobras. Trataba de obligar a Jenny a «hacer la carrera», ¿comprende? Usted sabe que Boldie se dedica a explotar muchachitas. Las amenaza y les mete el miedo en el cuerpo, las obliga a entregarse por unos cuantos dólares en Evening Side a los borrachos que frecuentan aquel lugar. Usted conoce aquel negocio, sargento. Le he visto hacer la ronda por allí. Y, caso curioso, jamás ha molestado a Boldie. Ni a las otras cucarachas con pantalones que hacen su negocio en Evening Side. Curioso...

—Lárgate, Wallace. O tendré que encerrarte de nuevo. Por agresión a un policía en acto de servicio —amenazó McGee, con voz sorda.

Wallace tornó a encogerse de hombros.

—Comprendo —respondió—. Buena suerte, McGee.

—Sargento McGee —gruñó el policía.

Pero Wallace había atravesado ya el cuerpo de guardia y ganaba el pasillo que conducía a la calle.

McGee se le quedó mirando hasta que el joven desapareció.

El policía reflexionaba. Sobre Larry Wallace.

¿Por qué aquella insistencia del holgazán Wallace en meter su cochino hocico en las tareas policiales?

A McGee no le gustaba tener a nadie a su espalda. Quizá porque tenía demasiadas cosas que ocultar.

Por su gusto hubiera enviado a la cárcel a Wallace por medio año. Pero alguien se había interpuesto y Wallace estaba en la calle, libre para seguir provocando a todo el mundo, para dejarse adorar por unas cuantas golfas del arroyo y para continuar husmeando cerca de la estación de policía.

En la puerta de la estación de policía montaba guardia un agente

de rudas facciones y macizos hombros.

Era Patrick Graham. Y Wallace pasó junto a él sin mirarle.

Pero Graham le apresó por un brazo, con violencia.

—¡Espera, Wallace!

Larry le miró, colérico, tiró con fuerza y liberó su brazo.

—Quíteme las manos de encima, Graham. Soy libre. Si quiere algo de mí, tendrá que pedírmelo por favor. Y ahora, escúpalo ya de una vez. ¿Ocurre algo, agente Graham?

Graham entornó los ojillos. Su pecho se hinchó.

—Ocurre que te voy a romper todos los huesos si vuelves a salir con Jenny —barbotó, con rabia contenida.

Larry rió fuerte.

—Era eso, ¿eh? —exclamó, encogiéndose de hombros—. Escuche, Graham, usted no me tocará un pelo, una sola hebra de mi ropa, ¿comprende? Usted sabe por qué. Jenny viene conmigo voluntariamente. Le gusto a Jenny, ¿lo entiende? —Larry bajó la voz—. No quiero airearlo a los cuatro vientos, Graham, pero debe saberlo: es su hija la que me busca constantemente. Por otra parte, Jenny es una guapa chica y yo...

Graham apretó su cachiporra entre las gruesas manos.

—Condenado descarado —gruñó, dominado por la ira—. ¿Tratas de insinuar que mi hija se rebaja a suplicar a un chulo como tú?

La sonrisa se borró instantáneamente en los labios de Wallace. Un gesto rebelde y violento cruzó por su rostro como un ramalazo.

—Cuide su vocabulario, Graham. O tendrá que arrepentirse. Un policía debe respeto a cualquier ciudadano. Y yo lo soy, no lo olvide.

—Basura, sólo eres basura.

Wallace se encogió de hombros.

—Está bien. Si no quiere que su hija salga con una basura como yo..., ¡enciérrela!

Dio la vuelta y comenzó a descender los peldaños que llevaban hasta la calle.

—¡Wallace! —gritó Graham, olvidando por un momento que se encontraba de servicio—. ¡Vuelve aquí!

Pero el muchacho apenas se volvió a mitad de la escalera.

—¿Qué quiere que haga, Graham? —respondió con voz más suave—. Jenny se ha enamorado de mí. Me busca por todas partes.

La encuentro a las puertas del gimnasio, en el bar de Harrys, en cualquier lugar... Dejé de salir con Jocelyn porque Jenny se impuso. Usted lo sabe: Jenny es absorbente, apasionada. Y yo le gusto. ¿Qué puedo hacer para librarme de ella? ¿Tal vez darle un par de azotes en las nalgas y enviarla a su casa? Creo que eso debería hacerlo usted, si acaso, amigo Graham.

El policía se atragantó.

Pensando con serenidad, Graham hubiera convenido con el joven en aquella verdad incuestionable. El, Graham, era la persona más indicada para velar por la moralidad de su hija.

Pero en su corazón sólo había ira y rencor contra Larry Wallace.

—Márchate, ¡márchate! —Granó, con voz vibrante—. Vete o tendré que olvidar que soy un policía y estoy de servicio.

Larry le volvió la espalda y cruzó la calle, silbando alegremente.

En una callejuela cercana estaba aparcado su viejo «Rover» descapotable.

Apoyada sobre el coche estaba una jovencita muy atractiva. Vestía pantalones cortos color salmón y un suéter muy fino que ceñía admirablemente sus pequeños y puntiagudos senos de adolescente.

—Diablos de chica —murmuró Larry, acercándose. Y agregó, en voz alta—: Esto no está bien, Carol. Acordamos que lo mejor sería no volver a vernos.

Por toda respuesta, la chica pasó ágilmente una pierna por encima de la portezuela del «Rover» y se deslizó despacio sobre el asiento.

—¿Acuerdo? —observó maliciosamente, mirando de reojo a Wallace—. Yo no acordé nada, querido Larry. Fuiste tú quien se empeñó en esa tontería de separarnos.

—Tanto da —respondió Wallace, volviéndose inquieto hacia la puerta de la estación policial—. Escucha, golondrina: estoy hasta la coronilla de problemas. Me duelen todos los huesos, he pasado la noche sobre un detestable camastro, en una detestable celda de...

—Lo sé, lo sé —se apresuró a decir Carol—. Estás en libertad gracias a mí.

—¿Gracias a ti? —preguntó Wallace, sorprendido.

Ella asintió suavemente.

—Así es. He molestado a mi padre por tu causa, le he estropeado

el almuerzo, le he visto enfurecerse. ¡Si hubieras podido contemplar su cara cuando le hablé de ti! Me llamó loca, temeraria y rebelde..., pero terminó prometiéndome que por una vez intercedería por ti. Y ha cumplido su palabra: estás libre, Larry. Te has quedado callado, no dices nada. ¿Acaso no merezco una palabra de agradecimiento, un gesto amable, un beso...?

El hombre estaba en pie, inclinado sobre ella. Y Carol había girado la cabeza y entreabría los labios.

¿Cómo rehusar tan tentadora invitación? Wallace la besó suavemente, sintiendo vibrar los labios femeninos bajo los suyos.

Luego la tomó por los cabellos y la miró un momento.

—Tu padre tiene razón. Estás loca, Carol, rematadamente loca. ¿Cómo se te ocurrió hablarle a tu padre, al poderoso ayudante del fiscal, al hombre honrado, prestigioso e infalible...?

—No te burles, Larry. Mi padre es George Bannis, un hombre inflexible, pero honrado y limpio. Sé que le ha costado un gran esfuerzo llamar por teléfono a la estación de policía e interceder por ti. Pero lo ha hecho. Eso explica todo el amor que siente por su hija.

—Está bien. Gracias por sacarme de la cárcel. Y ahora vete, Carol. Tu padre tiene razón. No te convengo. Yo sólo te acarrearía lágrimas. Vete, estás a tiempo —pidió él, con voz ronca.

Pero la jovencita no se movió un milímetro, a pesar de que Wallace le abría la portezuela.

—Eres tonto, Larry. ¿No sabes que estoy enamorada de ti? —exclamó alegremente—. ¡Vamos! ¿Qué esperas para ponerte tras el volante y rodar por la carretera más próxima?

Por un momento, Wallace, siempre seguro de sí mismo, pareció embarazado.

Finalmente, rodeó el coche y saltó ágilmente sobre la portezuela y se acomodó tras el volante, ubicado a la derecha.

—Tú lo has querido —respondió, dando a la llave de contacto—. ¿Adónde quieres ir?

—Teniendo en cuenta que me debes la libertad, ¿sería pedirte mucho que me llevaras a Snow Creek? Es un delicioso lugar para pasar unas horas agradables en compañía del hombre al que amo. ¿Vamos a Snow Creek?

Larry tomó un cigarrillo del paquete que ella tenía sobre el bolso entreabierto, aspiró profundamente dos veces cuando ella le hubo

acercado la llamita del encendedor y suspiró:

—De acuerdo, vayamos a la montaña, pasemos unas horas en el *camping* de Snow Creek. Después te devolveré a Denver y nos separaremos. Es lo que más nos conviene a ambos, Carol.

El coche se despegó de la acera y petardeó fuerte calle abajo.

—¿Separarnos? —murmuró Carol Bannis, entre dientes. Frunció el ceño, sonrió y decidió—: Eso lo veremos.

CAPÍTULO II

La alarma fue dada por un policía motorizado llamado Garfield.

Garfield estaba de servicio en la carretera doscientos ochenta y cinco, entre las ciudades de Denver y Buenavista, y su turno de servicio expiraba a las dos de la tarde, por lo que hacia la una el motorista había iniciado el regreso a Denver conduciendo su potente motocicleta.

Cruzadas las estribaciones del imponente monte Evans, Garfield advirtió una columna de humo negro y denso en el horizonte.

Garfield era más curioso que cumplidor, por lo que se decidió a averiguar la procedencia de aquel humo.

Cuando se desvió de la carretera y tomó un camino secundario, Garfield comprobó que la humareda brotaba de unos barrancos, donde varios camiones pesados dedicados al transporte de la construcción solían verter constantemente los desechos.

Como disponía de tiempo suficiente para volver a Denver, el policía rodó camino adelante, a pesar de que el lugar de donde procedía el humo parecía más y más distante.

El camino estaba lleno de baches y la motocicleta saltaba como un búfalo salvaje, pero Garfield sabía muy bien lo que se hacía sobre el sillín de su máquina.

A unos quinientos metros de la humareda, el policía advirtió que lo que ardía era un automóvil.

Garfield maldijo sordamente al acercarse a la hoguera, asqueado por las pavesas ardientes que azotaron su rostro. Finalmente, el policía de carreteras detuvo su máquina a unos cincuenta metros de la furgoneta en llamas.

Desde una distancia de quince metros, Garfield se esforzó inútilmente en sofocar el fuego con el extintor que portaba su

motocicleta.

Es posible que Garfield hubiera vuelto a la carretera de no oír el lamento ahogado que se elevó por encima del crepitar de las llamas y de los secos crujidos de las retorcidas planchas de acero del vehículo siniestrado.

Intrigado, rodeó la zona e inspeccionó los montículos que formaban los desechos descargados por los camiones.

Un sonoro taco salió de sus labios al distinguir los dos cuerpos humanos en una hondonada próxima.

El color del uniforme que vestía uno de aquellos hombres le puso sobre aviso: era un policía.

Se estremeció. ¿Qué había ocurrido en los desolados barrancos?

Volvió a maldecir en voz alta. Su propia voz, ruda y tosca, le dio ánimos para ponerse en marcha y descender hasta la hondonada.

Uno de aquellos cuerpos —el vestido con uniforme azul— se movió. Garfield se inclinó sobre él.

Despavorido, tocó aquella camisa empapada en sangre espesa, aquel pecho cosido a balazos.

Los labios de aquel hombre volvieron a entreabrirse en un quejido agónico.

—Agua... ¡agua!

Garfield llevaba una cantimplora llena de agua en su motocicleta. Pero no corrió hacia ella, como hubiera sido lo razonable.

La sorpresa le mantenía inmóvil, inclinado sobre el herido.

Acababa de reconocer a aquel hombre. Era Anthony Merck, un viejo policía, próximo a jubilarse, que solía prestar servicios de escolta en los vehículos del Denver Bank.

—Alí, viejo Merck, eres tú —dijo, pensativo—. ¿Qué fue lo que ocurrió?

El herido entreabrió los ojos y le miró, parpadeante.

Su expresión pareció animarse al reconocer el uniforme de Garfield.

—Un... atraco —farfulló—. Tres... tres individuos nos... obligaron a apartarnos de la carretera y a penetrar en estos parajes.

—¡Sigue! —le animó Garfield, interesado—. ¿Transportabais dinero? ¿Cuánto?

—Mucho... mucho dinero... Más de dos millones... Volaron la...

caja fuerte y... y asesinaron a Bulkin, a puñaladas. Está muerto. Yo...

—Adelante, Merck.

—Yo reconocí... a uno de ellos... Era... era...

—¿Te refieres a los atracadores? —exigió Garfield, implacable

—. ¡Vamos, Merck, tienes que decírmelo, quiero saber su nombre!

—Era... era...

—¿Quién?

El viejo policía le miró con sorpresa, dolorido. Fue a contestar y un poco de sangre brotó de sus reseos labios.

Garfield no tuvo piedad de él. Asió sus hombros salvajemente y le zarandéo con crueldad.

—¡Habla, habla, tienes que hablar!

Merck cerró los ojos.

—Se... se llama Dick Davis —confesó—. Es el hijo... de... de...

Súbitamente, una bocanada de sangre le ahogó. La cabeza de Merck cayó con violencia sobre los cascotes y quedó inmóvil.

El tremendo esfuerzo que había hecho para articular aquellas frases había terminado con el hálito de vida que había en él.

Garfield puso una mano sobre su corazón y masculló una palabrota. Anthony Merck estaba muerto.

Una rápida llamada por radio, un poco de aquella agua que Merck reclamaba desesperadamente, un mínimo de cuidados... hubieran podido salvar la vida del viejo Anthony Merck. Pero en la mente de Garfield bullían otras ideas.

Retrocedió sin prisas, evitando la ardiente proximidad de la hoguera, y volvió a su motocicleta. Conectó la radio y comenzó a transmitir.

* * *

El rudo sargento McGee penetró como una tromba en la sección de radio y ocupó el puesto del operador.

—McGee al habla. ¿Quiere repetir su mensaje, Garfield? —gritó, tras consultar de una ojeada la nota que el operador había dejado sobre la mesa.

La voz del motorista se dejó oír nítidamente en el altavoz, repitiendo su información.

—¿Está muerto, Garfield? Me refiero a Merck —quiso saber McGee.

—Si. Tenía seis agujeros de bala en el pecho. Una ráfaga de metralleta le cosió materialmente desde el costado izquierdo al derecho. ¿Qué debo hacer, sargento?

McGee se mordió los labios.

El capitán Harrison se había ausentado de la estación policial, el teniente Benson estaba de servicio en Goodside...

—Tendré que ir yo —respondió, disimulando su mal humor—. Espere ahí, Garfield. Utilice la radio para dar la alarma a todos los policías de carreteras que se encuentren en las inmediaciones del monte Evans. Que detengan todos los vehículos e identifiquen a sus ocupantes. Voy para allá.

—De acuerdo. Será mejor que venga en un «jeep». El camino es infernal —recomendó Garfield.

McGee cortó la comunicación y garrapateó un informe para el teniente Benson y se hizo acompañar al garaje por dos policías.

Uno de ellos era un joven atlético y decidido, llamado Jack O'Reilly.

En los medios policiales,
O'Reilly

tenía fama de hombre inteligente y ambicioso.

El otro era Patrick Graham, un policía de uniforme.

Siguiendo el consejo del agente motorizado Garfield, McGee tomó uno de los tres «jeeps» que había en el garaje.

—Conduzca usted,
O'Reilly
—ordenó.

Abandonaron el garaje, abriéndose paso a lo largo de las calles con el hiriente alarido de la sirena.

A pesar de ello, tuvieron que detenerse en Roosevelt Avenue, como consecuencia de un imponente embotellamiento.

O'Reilly

intentó abandonar el carril que seguía, pero un imponente «Cadillac» azul le impidió el paso.

O'Reilly

comenzó a despotricar contra «estos haraganes podridos de dinero que utilizan las calles para lucir sus automóviles, grandes como

barcos».

—Es un asco, ¡un asco! —repetía a cada momento—. Un policía tiene que partirse el alma por cuatro cochinos dólares, mientras «esa gente» se dispone a pasar el fin de semana en sus villas de quinientos mil dólares.

McGee empezó a sentirse nervioso, oyendo los venenosos comentarios de Jack

O'Reilly.

Sin embargo, el sargento coincidía con el joven detective en demasiadas cosas. También McGee estaba asqueado del servicio, de sus miserias y estrecheces.

—El caso de Ted Greene —seguía diciendo

O'Reilly,

que había conseguido abrirse paso y conducía de forma suicida a través del denso tránsito.

Advirtiendo que ni McGee ni el taciturno Graham parecían atentos a su conversación, Jack se volvió hacia el sargento e insistió:

—¿Conoce a Ted Greene?

—No me interesa —respondió McGee, brutal.

—Pues se lo diré, de todas formas —remachó

O'Reilly,

terco—. Greene perteneció a la policía. Era un detective joven y muy capaz, que había conseguido servicios muy brillantes. Tenía el cuerpo cosido a costurones, recuerdo de otros tantos encuentros con delincuentes. Con los seiscientos dólares que Greene ganaba cada mes, su mujer y él se morían de hambre. Un amigo le dijo que Nelson Davis, el rey de la Banca, estaba buscando un hombre joven, capaz y de confianza, para nombrarle guardaespaldas personal. Greene visitó a Davis y consiguió el empleo. Naturalmente, se apartó del servicio policíaco. Ahora vive a lo grande, descansadamente, tiene un coche de cinco mil dólares y se ha comprado una cabaña en la montaña. Ése es Ted Greene.

McGee no hizo ningún comentario.

¿Para qué?

McGee sabía mucho acerca de miserias, de necesidades, de disgustos familiares, de angustiosas estrecheces.

También McGee estaba casado y tenía dos hijos. Su sueldo le

permitía vivir, pero dentro de las mayores limitaciones.

¿Qué McGee sabía todo esto antes de ingresar en la policía? Desde luego. Pero después a uno se le ponen los dientes largos cuando contempla a importantes personajes, podridos de dinero, dándose la gran vida, rodeados de lujos, de mujeres hermosas, viviendo en casas fastuosas, imponiendo su voluntad incluso a un policía.

McGee ni siquiera tenía coche propio, la casa en que vivía era alquilada y su esposa se quejaba constantemente de los equilibrios que tenía que realizar cada mes para que le llegase el sueldo.

Entretanto,

O'Reilly

apretaba el acelerador de firme, dirigiendo, de cuando en cuando, algún insulto al «viejo cacharro con alma de lombriz» que conducía.

Abandonaron la ciudad y el «jeep» rodó a buena velocidad sobre la carretera 285.

—Debe ser allí, sargento —informó Graham, sacando a Charles McGee de sus atormentados pensamientos—. Hacia la montaña.

A lo lejos se distinguía una delgada columna de humo.

—Desvíese a la derecha por el primer camino que encuentre —ordenó el sargento al detective

O'Reilly.

Poco después, el «jeep» emprendía una traqueteante marcha a lo largo del camino poblado de profundos baches.

O'Reilly

frenó luego bruscamente ante el candente montón de planchas humeantes.

—¿Utilizó la alarma, se comunicó por radio con los policías de la zona? —preguntó McGee a Garfield en cuanto bajó del «jeep».

El motorista no respondió directamente.

—Establecí contacto con Bill Thompson, de servicio a unos diez kilómetros de aquí, dirección Denver. Tomó nota de la orden y prometió detener a cuantos vehículos circularasen por la ruta —dijo.

McGee le observó en silencio.

Garfield se había despojado de su casco. Gruesos goterones de sudor resbalaban por su frente desde los aplastados cabellos rubios y lacios.

No era un hombre muy atractivo Garfield. Delgado, de facciones

afiladas y piel incolora, ojos hundidos, muy juntos y un rictus cínico en los labios.

Repelía, según pensó McGee.

—Parece ocultar algo, Garfield —dijo el sargento, sin perderle de vista—. ¿De qué se trata?

A treinta metros, la furgoneta del Banco Denver se retorció lentamente, produciendo crujidos desagradables. El humo que despedía la casi extinguida hoguera era negruzco, repelente.

McGee buscó con los ojos un lugar donde protegerse a la sombra. Pero no lo encontró.

Garfield se rascó groseramente el cogote.

—Oh, no es nada —respondió, acercándose al sargento detective—. Pienso que es muy raro todo esto, si quiere conocer mi opinión. Yo venía desde Buenavista, a la una en punto del mediodía. No me crucé con ningún vehículo. Thompson, que está más allá, tampoco advirtió el paso de ningún automóvil. En tal caso, ¿por dónde escaparon los tres hombres que asaltaron la furgoneta?

Los ojos grises de McGee taladraron al motorista.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede decir que fueron tres los atracadores? Merck y el conductor estaban muertos cuando usted llegó, Garfield. ¿Cómo puede estar seguro de que son tres los atracadores? Me temo que tendrá que explicarse claramente, amigo —exigió el sargento.

Garfield no perdió la compostura.

—Acérquese, sargento. Creo que puedo hablar con usted en confianza —propuso, con cinismo.

O'Reilly

aguzó el oído.

No le había pasado desapercibida la expresión de Garfield, que les había escrutado con insistencia desde el primer momento.

Exactamente como si quisiera asegurarse en pocos minutos de si podría contar con aquellos tres policías.

—Bueno, Merck estaba en las últimas cuando llegué. Pudo balbucear algunas palabras, me dio algunas explicaciones —confesó Garfield.

—Hable claro —ordenó McGee.

—Confesó que eran tres los hombres que les obligaron a venir a este lugar. Apuñalaron al conductor y alcanzaron con una ráfaga de

metralleta a Anthony Merck. Eran jóvenes.

—¿Cómo no incluyó todo eso en su informe, Garfield? —preguntó el sargento, con dureza.

El motorista dejó escapar una risita.

—Tal vez me he equivocado con usted, sargento. ¿Puede explicárselo todo si le digo que la furgoneta transportaba más de dos millones de dólares? —dijo con énfasis.

O'Reilly

murmuró algo entre dientes. Pero ya Garfield empujaba a McGee hacia los barrancos.

—Vea eso —dijo señalando el polvo, donde se advertían huellas de neumáticos—. Son rodadas de motocicletas dotadas de neumáticos «todo terreno». Los atracadores decidieron escoger la vía de huida más dificultosa, pero también más segura. A través de las estribaciones del monte Evans pueden alcanzar en unas horas la zona de Snow Creek... con un botín de dos millones y medio de dólares.

McGee se libró de la mano de Garfield con cierta violencia y se volvió hacia él.

—Trata de insinuarme algo, Garfield. ¿Quiere ser claro de una maldita vez? —exigió.

El motorista volvió a sonreír. Sus ojos de un color indefinible, brillaban codiciosos.

—Es muy sencillo. Con ese «jeep» podemos alcanzar a los atracadores antes de que consigan llegar a Snow Creek. Son dos millones y medio, sargento. Una distribución equitativa del dinero nos convertiría en hombres adinerados, ¿empieza a comprender?

McGee tragó saliva y se pasó un pañuelo por el sudoroso cuello. El calor comenzaba a hacerse insoportable.

Luego habló sin mirar al motorista.

—¿Quién le da derecho a imaginar que voy a estar de acuerdo, Garfield?

El rostro de Garfield se ensombreció. ¿Iba a fallar su plan por culpa de los estúpidos escrúpulos del sargento McGee?

—No se precipite, sargento. Las circunstancias se han aliado para beneficiarnos. Merck dijo que había reconocido a uno de los asaltantes. Dijo que se llamaba Dick Davis. Deduje que su padre era un hombre importante, pero Merck murió antes de poder

pronunciar su nombre. En cualquier caso, nosotros podríamos recuperar ese dinero. Después será fácil inventar una historia convincente. Conozco esta zona. El terreno es enormemente accidentado, por lo que a los atracadores les llevará unas cuantas horas avanzar por las pedrizas y roquedales. Si no quieren abandonar las motos, deberán avanzar muy despacio. Y antes de llegar al *camping*, nosotros les alcanzaremos.

—Si para ellos resulta difícil la marcha a través de esos barrancos, el «*jeep*» no podrá alcanzarlos jamás —arguyó el sargento.

A Garfield le brillaron los ojos. Adivinaba que McGee sería fácil de convencer.

—Se equivoca —respondió—. Volviendo a la carretera, existe un viejo camino, a unas cinco millas de aquí. Se trata de un camino forestal en desuso, que discurre sobre los barrancos, a través del bosque. A través de ese camino puede avanzarse a buena marcha. ¿Qué decide?

McGee se agitó, inquieto.

A su lado estaban Graham y O'Reilly, que habían escuchado la conversación.

Ambos parecían excitados y ansiosos. Garfield podría contar con ellos, desde luego.

—Está usted loco, Garfield. Rematadamente loco. Así que se atreve a proponerme un delito, un robo, ¿no es verdad? Podría detenerle ahora mismo, le arruinaría de por vida, Garfield, ¿se da cuenta? —dijo al fin, haciendo un esfuerzo por rechazar la idea que el motorista le ofrecía en bandeja de plata.

—Estoy seguro de que no me denunciará, McGee —respondió Garfield, cínico.

—¿Por qué?

—Porque veo en sus ojos la codicia. Mire a esos dos hombres. Mire a O'Reilly

o a Graham. Y comprenderá que ambos están ansiosos por aceptar mi plan. Vamos, McGee, no sea hipócrita. Es mucho dinero el que ahora mismo transportan tres atracadores a lo largo de los barrancos. Más dinero del que ha imaginado en su vida. Y está al

alcance de su mano. Usted saldrá de la miseria para siempre, McGee. Y también

O'Reilly

y Graham. Y yo mismo. Repartiremos dos millones y medio de dólares en cuatro partes iguales. Por una vez —el pecho de Garfield se hinchó—, por una vez seremos tan poderosos como los otros. Y todo será fácil, asquerosamente fácil. ¿Va a darme su respuesta?

McGee se aclaró la garganta, entornó los ojos y respondió secamente:

—Subamos al «jeep». Veremos qué se puede hacer por recuperar ese dinero.

CAPÍTULO III

Cuando Pete cayó la primera vez, Dick comenzó a barbotar maldiciones.

Se sentía tan excitado que hubiera sido capaz de emprenderla a tiros con el mismo Pete.

Tenía que confesárselo a sí mismo ahora, en la inmensa soledad de aquella zona desértica, rocosa y salvaje, estaba arrepentido de haber iniciado aquella loca aventura.

Si Pete era un cobarde, Greene, por el contrario, era excesivamente expeditivo y frío, un auténtico criminal sin escrúpulos.

Greene había apuñalado al conductor de *la* furgoneta del Denver Bank. Sin alterar ni un solo músculo de su rostro.

Luego, Dick envió aquella loca ráfaga de metralleta hacia el coche. Y el policía de escolta se derrumbó dentro de la cabina.

Pete, entonces, comenzó a llorar. Tenía sólo dieciséis años y a la vista de aquel cuerpo ensangrentado, su entereza, su escasa entereza, se derrumbó.

Para Greene había sido fácil hacer callar a Pete; un culatazo en pleno rostro había sido muy eficaz.

Ahora... Habían avanzado unas seis millas a través de barrancos, pedrizas y riscos erizados. Para recorrer aquella distancia habían empleado noventa minutos. Y, según los cálculos de Greene, restaban unas quince millas para alcanzar Snow Creek. Y, con ello, la seguridad.

Dick cortó gases y frenó bruscamente a la altura de Pete, derribado en tierra. Las ruedas de la motocicleta seguían girando al aire.

El muchacho gemía débilmente cuando Dick se inclinó sobre él.

—Pero ¿qué diablos...? —Dick se ahogaba de rabia—. ¿Es que no sabes conducir tu moto?

El rostro de Pete estaba pálido, transido de dolor.

—Mi... mi pierna... ¡Creo que está rota! —sollozó.

Llevado por la ira y por la angustia, Dick comenzó a insultarle.

—¡Eres un inútil, un cobarde, un marica! Merecías que te dejásemos aquí.

—Dejadme —gimió Pete, inclinando la cabeza sobre el pecho—. Tal vez sea lo mejor para mí después de... No quiero seguir con vosotros, Dick. Estoy aterrado, ¡aterrado! Creo que jamás podré olvidar lo que he visto, y tú... ¡tú mataste al policía, Dick! ¡Dios mío! ¿Qué va a ser ahora de nosotros?

—¡Estúpido! No es hora de lamentarse. —Dick le agarraba por la cazadora de seda—. No soy tan desalmado como piensas. Te ayudaré. Aunque sienta unos deseos fervientes de golpearte, de abofetearte.

Muy cercano se oyó el zumbido del escape de la motocicleta de Ted Greene, que frenó junto a ellos segundos después haciendo derrapar la rueda trasera.

—¿Por qué os retrasáis, qué diablos ocurre ahora? —preguntó, colérico.

Llevaba una metralleta en bandolera, dos bolsas deportivas a la espalda y los oscuros cabellos despeinados ondeando al viento.

Greene tenía unos treinta y cinco años y era de mediana estatura, ágil y atlético. Parecía un hombre virilmente atractivo, aunque sus ojos grises eran fríos y el rictus de sus labios demostraba crueldad.

—Dice que se ha roto una pierna —le informó Dick, señalando a Pete.

—¿Y qué piensas hacer? —gritó Greene, furioso—. Sabes que no podemos perder ni unos minutos. O nos atraparán.

—Entonces, ¿qué pretendes? —Gruñó Dick—. Tal vez que lo abandone, ¿es eso?

El furor alteró las facciones de Greene. Porque por su mente acababa de cruzar la idea como un salvaje huracán destructor.

Abandonar a Pete sería... la mejor solución, siempre que previamente se le hubieran alojado un par de balazos en la nuca. ¿No era aquélla la única forma de asegurarse su silencio?

Por otra parte, Greene no podía dejar de considerar que, muerto Pete, sólo tendrían que dividir el botín en dos partes.

Dick debió adivinar sus pensamientos, porque su mano derecha se apoyó de un manotazo salvaje sobre la funda de la pistola que colgaba de su cinturón.

—Pete vendrá con nosotros —decidió con voz ronca—. Te guste o te disguste. Es un cobarde, lo sé. Demasiado blando para un asunto como éste. ¿Quieres saber algo más, Ted? Yo también soy como él. No sirvo para esto.

—¡Estás loco!

—Estaba más loco cuando comencé a escucharte, Ted. Pero lo hecho, hecho está. Seguiremos adelante hasta ponemos a salvo. Después..., ya veremos. Ahora, ¿quieres ayudarme a levantar a Pete?

—¿Qué te propones? —preguntó Greene, con frialdad.

—Le llevaré en mi moto. En cuanto a su máquina, la arrojaremos al fondo de un barranco —decidió.

Quince minutos después proseguían la marcha, siempre hacia arriba.

Las motocicletas comenzaban a recalentarse peligrosamente. Pero llegar cuanto antes a Snow Creek significaba el éxito y la seguridad.

«¿El éxito?», se preguntaba Dick, con amargura.

Era un gran botín, desde luego. Las bolsas estaban llenas a reventar de fajos de billetes muy usados, pues el dinero estaba destinado a ser destruido por uno de los Bancos federales.

Lo que había comenzado como un juego de niños, se había convertido en una espantosa tragedia.

Dick no quería ya aquel dinero manchado de sangre. Y sólo le impulsaba a seguir apretando el acelerador el instinto de conservación. Y el miedo intenso, profundo, que latía en lo más profundo de su corazón.

«¡El tiene la culpa! ¡El, sólo él!», pensó, rabioso.

No se refería a Greene, sino a su padre, el millonario Nelson Davis.

Sólo hacía seis meses que míster Davis contratara a Ted Greene. Los empleados habían imaginado que Greene, antiguo policía, pasaría a ser el guardaespaldas personal del millonario.

Pero míster Davis se había encargado de informar al ex policía de cuáles serían exactamente sus deberes.

—No necesito guardaespaldas. Jamás lo he necesitado. Pretendo que todo el mundo crea algo semejante. La verdad es muy distinta, Greene. Usted se cuidará de mi hijo.

—¿De su hijo? —preguntó Greene, temeroso de desempeñar, más o menos, un poco airoso papel de niñera.

—Dick tiene veintiún años y es huérfano de madre desde los diez. No le he dedicado mucha atención, lo confieso; los negocios me han absorbido por completó. Dick es rebelde y se inclina hacia las aventuras peligrosas. He tenido que gastar sumas cuantiosas para evitar que fuera a parar a la cárcel. Resumiendo: su trabajo consistirá en eso, en velar por él, en protegerle.

Greene se alzó de su silla, violento.

—Pero, señor Davis, había imaginado un trabajo muy distinto —exclamó, decepcionado.

—Siéntese, Greene —ordenó Davis, enérgico—. Es usted demasiado vehemente. Y, ¿sabe?, se parece a Dick en muchas cosas. Harán buena pareja, estoy seguro. Usted será para mi hijo como un amigo ligeramente mayor, que sabrá frenarle y protegerle. En cuanto al aspecto económico, no discutiré por ello. En cualquier caso, me resultará más barato que estar pagando constantemente los platos rotos de Dick. ¿Está de acuerdo?

Greene no tuvo que pensarlo demasiado.

Entre seguir en la policía, percibiendo un sueldo miserable, y gozar de una paga espléndida a cambio de pasear en compañía del hijo de un millonario, la elección se presentaba fácil.

Aceptó, desde luego.

En principio, Dick le recibió de uñas, puesto que le consideraba un intruso impuesto por su padre.

Sin embargo. Ted Greene supo ganarse al muchacho en pocos días. Para ello solo tuvo que hacer una cosa: seguir la corriente a Dick.

En lugar de frenar sus impulsos y aconsejarle, le animó a seguir cometiendo desmanes y gamberradas.

Dick se franqueó pronto con Greene.

—¿Quieres que te diga la verdad? Odio a mi padre, odio al poderoso Nelson Davis. Le aborrezco porque dependo de él, porque

tengo que disculparme cuando hago algo que mi padre no aprueba, porque debo mendigar su dinero, porque tengo que vivir a su costa.

En poco tiempo, Greene supo muchas cosas acerca de Nelson Davis. Dick aseguró que su padre era consejero y accionista del Denver Bank.

A partir de entonces, un plan bien meditado comenzó a urdirse en la mente de Ted Greene.

Por su parte, Dick le allanó el terreno con sus constantes confidencias.

—He visto algunos documentos en el despacho de mi padre, Ted. Unos mapas y unas instrucciones que me ha sido sencillo descifrar. ¿Me estás escuchando? Se refieren a un transporte de valores. ¿Imaginas qué es lo que estoy pensando, Ted?

—Alguna tontería —respondió el ex policía, disimulando perfectamente su ansiedad.

—¿Tontería? Si puede considerarse una tontería a algo más de dos millones de dólares... ¡Escucha atentamente, Ted! ¿Por qué no podíamos nosotros asaltar la furgoneta que transportará el dinero? —exclamó Dick, muy excitado—. Con ese dinero, yo podría prescindir de mi padre en adelante. ¡Y tú te convertirías en un hombre rico, Ted!

—Podría hacerse —respondió Greene, cauteloso—. Pero sería enormemente arriesgado. Habría que conseguir armas, tal vez, incluso matar...

El entusiasmo de Dick se enfrió al escuchar al ex policía.

Cierto que era un joven loco y consentido. Exactamente el hijo de un hombre que jamás se había preocupado por su educación y que nunca le había demostrado afecto. Pero Dick Davis no era un criminal.

Durante dos días, Dick no volvió a mencionar aquel tema. Pero al fin volvió a hacer un comentario.

—Si pudiera hacerse sin derramar sangre, Ted... ¡Tú fuiste policía! Debes saber cómo hacerlo.

—¿Quién dijo que hubiera que matar? —respondió Greene, hipócrita—. Lo haremos con toda limpieza. Como si se tratara de un atractivo y emocionante juego.

Greene dijo que necesitarían un tercer hombre. Y Pete Largrow fue convencido para hacer el trabajo.

Oh, sí, Ted Greene era un experto. Lo dispuso todo con consumada estrategia y el plan había dado resultado.

Sin embargo, dos hombres honrados, dos personas que cumplían con su deber habían muerto.

El sol seguía cayendo implacablemente sobre los barrancos.

Pete, colgado a la espalda de Dick, le apretaba demasiado el pecho, le atosigaba, le impedía la entera libertad de movimientos.

A unos cincuenta metros de allí, Greene ascendía una cuesta, dejando tras su máquina una estela de polvo rojo y humo del escape.

A mitad de la cuesta, la motocicleta de Dick se gripó. La pendiente era fuerte y los frenos nos bastaron para detener la máquina, por cuanto Dick se vio obligado a saltar para no estrellarse de espaldas.

En su caída, Dick arrastró a Pete por el terraplén, mientras la moto rodaba cuesta abajo hasta estrellarse contra unas rocas.

Dick rodó unos metros y se arañó el rostro contra los rescos matorrales espinosos que poblaban la ladera.

Un gemido próximo cortó en seco sus maldiciones. Pete yacía unos metros más arriba.

—¡Es una locura, una terrible locura, Dick! Escúchame, por favor. Abandonémoslo todo. Deja que Greene se marche. No quiero dinero... ¡No lo quiero! ¿De qué me servirá si voy a morir?

—¡Cállate, cobarde! —gritó Dick—. Greene nos ayudará.

—¿Eso crees? —chilló su compañero, retorciéndose sobre el polvo para mirarle—. He visto un brillo diabólico en sus ojos, Dick. Greene está dominado por la codicia. Sería... Sí, sería capaz de asesinarnos para quedarse con todo el dinero, estoy seguro.

Dick iba a contestar, lleno de rabia y de ira, pero tenía manchados de tierra los labios y la arena crujió entre sus dientes. Calló.

—¿Qué vamos a hacer? —lloriqueaba Pete, entretanto—. Tendremos que esperar una hora para que tu moto se enfríe. Para entonces, se habrá descubierto la furgoneta, los cadáveres y... la policía enviará helicópteros a inspeccionar esta zona. ¡Nos descubrirán, encontrarán las bolsas con el dinero, nos detendrán... o tal vez disparen sobre nosotros sin previo aviso!

Dick tragó saliva. Sus ojos se elevaron hacia las alturas que

circundaban el imponente monte Evans.

Arriba estaban las verdes frondas de un pinar. Tal vez en un lugar como aquél podrían ocultarse, ¿o no?

Pero el maldito Greene, ¿por qué no regresaba a ayudarles? ¿Tenía razón Pete al sospechar del ex policía?

La vaguada estaba en silencio, cuando de repente se dejó oír el zumbido de un escape. ¿Volvía Greene?

Pete le miró aterrado.

—¡Dick! ¡Mira allá, arriba! Un automóvil de la policía acaba de aparecer entre los árboles —gritó.

CAPÍTULO IV

Desde el metálico asiento trasero, Garfield oteaba constantemente a través de unos prismáticos.

A veces,

O'Reilly

detenía el «jeep» en un claro y los cuatro hombres escrutaban ávidamente los barrancos.

Con el motor parado,

O'Reilly

trataba de percibir algún sonido cuando McGee consultó su reloj: las dos y quince minutos de la tarde.

—¿Oye algo? —preguntó a

O'Reilly.

—Sí —gruñó el detective—. Es un petardeo lejano que se interrumpe a veces. ¡Este condenado lugar...! Trasponemos una colina y aparece otra, y otra...

—Siga adelante. Despacio —ordenó el sargento.

Habían avanzado unos quince kilómetros, a pesar de que el camino era infernal. A menudo debían detenerse para apartar un tronco derribado o incluso descender del «jeep» para rodear un paso peligroso. Pero abajo, en los barrancos, cualquier itinerario hubiera sido mil veces peor.

El calor iba en aumento. McGee, siguiendo el ejemplo de O'Reilly, se había despojado de su chaqueta y de la corbata.

Desde luego, el bochorno intenso provocaba una sed insufrible. Pero ninguno de los cuatro hombres parecía advertirlo.

McGee se volvió ligeramente y contempló las facciones ávidas y brillantes de Garfield.

También

O'Reilly

parecía muy excitado. E incluso, el impasible agente Graham, con su metralleta apoyada sobre las rodillas, parecía dominado por intensas emociones.

De repente, Garfield aferró un hombro de

O'Reilly

y gritó:

—¡Allí, abajo, en la vaguada!

Jack frenó en seco y McGee se golpeó contra el marco del parabrisas. Maldijo en voz baja y miró hacia las profundidades.

—¿De qué se trata? —El sargento no veía nada sospechoso.

—Una motocicleta. Está tirada en el barranco —dijo Garfield, entornados los ojos.

—Habrá que bajar —propuso

O'Reilly,

impaciente.

—¡Sí, sí, bajemos! —Se impacientó Garfield.

—¡Esperen! Deme los prismáticos, Jack —pidió McGee.

Graham y Garfield habían echado pie a tierra y se disponían a descender hasta el fondo del barranco. Graham acariciaba con lentitud el disparador de su metralleta.

—No es necesario bajar —decidió McGee, devolviendo los prismáticos a

O'Reilly

—. Hay una motocicleta, es cierto, pero nada más. Han debido abandonarla porque se les averió.

—O quizá porque uno de los atracadores está herido, imposibilitado para manejarla —saltó rápido Garfield.

—Están cerca, muy cerca —murmuró Graham, con una expresión cruel y decidida en sus facciones.

Todos quedaron en silencio por unos instantes. Luego, claramente audible, llegó hasta ellos el zumbido de un escape. Y, de pronto, el ruido cesó.

O'Reilly

subió de un salto al «jeep» y puso el motor en marcha. McGee y los otros le imitaron con urgencia.

Mientras rodaban a setenta kilómetros por hora a lo largo del

estrecho camino que recorría el bosque, McGee rió para sí.

No era una risa alegre. Reía porque jamás había visto a unos policías que demostrasen tanto celo e interés por su trabajo.

O'Reilly,

Garfield, Graham... e incluso él mismo, Charles McGee, estaban en el monte, sudorosos, con el estómago vacío, sedientos... Y todo ello, ¿por qué?

—Porque hay dos millones y medio de dólares en juego — murmuró sin pensarlo.

O'Reilly

giró el cuello para mirarle con extrañeza.

McGee no le prestó atención. Sus pensamientos le absorbían por completo. Sabía que junto a él viajaban tres hombres tan codiciosos y egoístas como lo era él mismo.

Graham, un agente callejero, salvaje y rudo, de pocas ideas, pero con una familia numerosa, a la que no podía atender como él quisiera.

O'Reilly

era un joven ambicioso, inteligente, solapado, sin ningún amor a su profesión, pero con inmensos deseos de medrar, de enriquecerse a costa de ella. Un policía sin vocación, aprovechado, oportunista, ansioso por prosperar, a costa de quien fuere.

¿Y Garfield? El motorista era la garduña. Nominalmente cumplía con su deber, pero en realidad estaba siempre al acecho de una presa. Podía adivinarse su ansia en las manos crispadas sobre los prismáticos, en su nariz dilatada, en el movimiento constante de sus ojos.

McGee, por su parte, estaba ya firmemente decidido a traicionar a su profesión, incluso a traicionarse a sí mismo. Se disponía a cometer un delito. Y lo mejor para él sería que tal delito quedase en la impunidad de lo que McGee pensaba ocuparse con todo interés.

«Al fin y al cabo, quien roba a un ladrón...», pensaba cuando O'Reilly

volvió a frenar con salvaje brusquedad.

Ya iba a apostrofarle McGee, cuando

O'Reilly

señaló hacia abajo.

El «jeep» se había detenido en mitad del camino, en un claro del

bosque. Más abajo había un talud rocoso, algunos árboles aislados, una vereda descarnada que llevaba a una colina, el barranco...

La motocicleta estaba en el barranco. Una de sus ruedas seguía girando aún con lentitud.

A mitad de la vereda había dos hombres. McGee podía distinguir sus veraniegas cazadoras de seda, de colores muy vivos, rojo y amarillo.

—¡Ahí están! —Gruñó Graham. Y pasó una pierna fuera del vehículo para saltar al suelo.

Garfield desabrochó su funda pistolera de un manotazo.

—Son peligrosos —observó—. Lo mejor es que no les demos ninguna oportunidad.

Por supuesto, Garfield era muy capaz de disparar a matar.

—¡Esperen! —rugió McGee.

Jack

O'Reilly

tenía ya el revólver en la mano.

—¡Son ellos! —gritó, descompuesto—. ¿Es que no los ve, sargento? ¡Llevan unas abultadas bolsas de lona a la espalda! ¡Es el dinero!

—¡Deténganse! —Tornó a gritar McGee, al tiempo que retenía a Jack de un violento tirón.

Garfield le miró, ceñudo e impaciente.

—¿Qué se propone? —preguntó.

—Sólo una cosa: que actuemos como policías y no como pistoleros. No quiero una matanza. No es necesario ametrallar a esos tipos. Bajaremos por la barranca y nos aproximaremos. Allí les rodearemos y les conminaremos a entregarse.

O'Reilly

se desasíó de un tirón salvaje.

—No sea loco, sargento. ¿Qué pretende exactamente? ¿Quizá que uno de esos asesinos nos meta un balazo en la cabeza? ¡Ah, no, no cuente conmigo! De veras que no estoy dispuesto a exponerme innecesariamente —barbotó, iracundo.

—

O'Reilly

tiene razón, McGee —apoyó Graham—. Esos individuos se han cargado a dos hombres sin sentir remordimientos. Uno de ellos era

un viejo policía. Darles cuartel sería estúpido. Sólo conseguiríamos un balazo como recompensa.

—Sea Razonable —insistió Garfield, nervioso—. Esa gente es basura. Delincuentes. Asesinos. Lo más indicado es batirlos, si nos dan la menor ocasión.

McGee iba a protestar. McGee iba a esgrimir sus argumentos, pero comprendió que sólo conseguiría seguir siendo el jefe del grupo si no forzaba demasiado la situación.

—Bajemos —dijo.

O'Reilly

fue el primero en escurrirse a la izquierda del talud.

Garfield le siguió enseguida. Y luego McGee y Graham, que apretaba la metralleta entre sus manos como si se tratase de la joya más valiosa.

De repente, Garfield perdió pie y cayó rodando sobre la masa reseca de unos arbustos.

La hojarasca resonó con secos chasquidos, al tiempo que una nube de polvo rojizo se elevaba sobre el matorral.

Inmediatamente, abajo en el barranco, Dick Davis tiró con fuerza de Pete y le arrastró, cuesta abajo, hasta alcanzar las rocas que emergían a mitad de la pendiente.

El rostro de Pete se había tomado terroso.

—¡Dick, Dick! —murmuró, dominado por el pánico—. Son ellos... ¡La policía!

—¿Y qué? —respondió Dick, apretando los dientes.

—¡Entreguémonos, por amor de Dios! ¡Salvaremos la vida!

Dick pareció reflexionar sobre aquel ruego. Luego apretó la pistola entre sus manos y gritó con decisión:

—¡Al diablo! Ahora ya no es tiempo. No iré a la cárcel.

Arriesgó la cabeza sobre las rocas, pero no pudo ver otra cosa que el «jeep» detenido en lo alto, en un claro del bosque.

A la derecha se alargaba la superficie oblicua de la pendiente, erizada de peñascos y poblada de matorrales.

Pete gemía, cubriéndose el rostro con las manos. Parecía un niño desamparado.

De repente, Dick se sintió mortalmente cansado.

—Descansar sería una buena solución —se dijo, abatido.

Doscientos metros más allá, McGee reptaba entre los matorrales

seguido por el agente Graham.

—Están ahí, detrás de esas rocas. He visto asomar una cabeza —
siseó el sargento.

—

O'Reilly

y Garfield han tenido tiempo suficiente para avanzar por la ladera de enfrente —respondió Graham en el mismo tono—. ¿Qué hacemos?

—Esperemos. No veo a

O'Reilly.

Aguardaron, vientre a tierra, como dos inmensos lagartos borrachos de sol.

Súbitamente restallaron unos disparos. McGee se estremeció.

O'Reilly

corría como un loco a través de la vaguada, disparando sin interrupción contra las rocas, protegido por los disparos que hacía Garfield, oculto en los matorrales.

Una seca interjección salió de entre los labios del sargento al ver que uno de los atracadores caía dando tumbos, cuesta abajo.

Rojo de cólera y de miedo, estaba a punto de gritar a

O'Reilly

que se detuviera, cuando advirtió que otro de los atracadores abandonaba las rocas, arrastrándose penosamente.

McGee lo vio perfectamente.

Apenas era un muchacho. Joven, aterrado, dominado por el espanto. Y gritaba algo que no podía oír bien.

Graham se puso en pie de un salto y apretó el gatillo de su ametralladora.

Los estampidos del arma se confundieron con los alaridos de Pete, que quedó clavado en el suelo como un reptil atravesado por un dardo. Absolutamente inmóvil, con su rostro de niño manchado de sangre y de polvo.

Una rabia sorda se apoderó de McGee. Graham permanecía a dos pasos de él, con la metralleta humeante entre las manos.

Indiferente. O todavía peor: satisfecho de su habilidad, de su puntería disparando la metralleta.

A su pesar, McGee se estremeció de asco. Pero Graham pasó junto a él y dijo:

—Vamos, sargento. Creo que esos dos están listos.

Viendo que le dejaba atrás, McGee corrió en pos de él y llegó jadeante y empapado en sudor al pie de las rocas.

Garfield y

O'Reilly

estaban ya allí. Precisamente

O'Reilly

acababa de ponerse en pie junto a uno de los cadáveres cuando McGee inquirió tensamente:

—¿Está muerto?

—Sí —asintió Jack, con los ojos brillantes—. Absolutamente muerto. Y el otro también.

McGee sintió la garganta seca. Entonces la sed se desató en él. Pero no tenía nada para beber, para aliviar el malestar de sus fauces.

Inclinado sobre uno de los cadáveres, observó aquella pierna torcida en un ángulo inverosímil.

Alzó los ojos y buscó la mirada de Graham. El reproche vibraba en su voz cuando dijo con voz ronca:

—Este muchacho tenía una pierna rota. No era peligroso. Ni siquiera disponía de un arma.

—¿Qué importa eso? —rió

O'Reilly.

Junto a Garfield, Jack registraba aquellas bolsas con manos nerviosas—. El otro tenía una pistola. Y hubiera disparado si yo mismo no se lo hubiera impedido.

McGee escupió en el suelo. Sus ojos destellaban de rabia, pero ninguno de sus tres compañeros le prestó atención; todos estaban pendientes de aquellas bolsas cuando el sargento se abrió paso entre ellos y fue a mirar el otro cadáver.

Tuvo que darle la vuelta para mirar aquellas facciones. Una de las balas de

O'Reilly

había penetrado por el pómulos derecho, dejando un desagradable agujero bajo el ojo.

Escrutando aquel rostro, McGee dejó escapar un grito de sorpresa.

—¿Qué ocurre? —Era Garfield el que había interrumpido su

ansiosa búsqueda para mirar al sargento.

—Este joven... —murmuró McGee, palidísimo—. ¿Es que no lo han reconocido?

Graham le miró sin interés.

O'Reilly

se volvió a medias, cuando ya sus manos manoseaban ávidas los fajos de billetes que acababa de sacar de una de las bolsas.

—¿Quién es? —preguntó Garfield, impaciente.

—El hijo del millonario Nelson Davis —respondió McGee, con un hilo de voz.

CAPÍTULO V

Garfield maldijo sordamente. Graham le miró con su expresión habitual, entre ruda y hermética, y

O'Reilly

se limitó a escupir.

Por unos segundos, los cuatro hombres permanecieron en silencio.

Luego,

O'Reilly

se encogió de hombros y tornó a dedicar su atención al dinero.

—¿Y qué? —Gruñó Garfield, quitando importancia a la revelación de McGee—. Es cierto; Merck confesó que había reconocido a Dick Davis.

Graham se acercó al sargento y le miró.

—Aunque Nelson Davis sea un hombre importante, su hijo era un delincuente y un asesino, ¿no es cierto? —preguntó, fríamente.

McGee inclinó la cabeza. No encontraba argumentos contra aquellos tres escépticos e indiferentes policías.

Miró por el rabillo del ojo y vio los numerosos fajos de billetes que Garfield y

O'Reilly

ordenaban cuidadosamente sobre el suelo.

Los dos manejaban aquel dinero con fruición, con inmensa satisfacción. Como si les perteneciera por derecho.

—Hay mucho dinero —farfulló

O'Reilly,

volviéndose hacia McGee—. Tal vez millón y medio de dólares.

Graham se incorporó de un salto sin abandonar su metralleta un instante y gruñó algo entre dientes.

—¿Qué? —indagó

O'Reilly.

—Que falta dinero. Y no sólo dinero, sino un tercer hombre.

Garfield se puso en pie de un salto.

—¡Es verdad! —Gruñó, rabioso, como si cada uno de los dólares que faltaban los hubiera ganado con el sudor de su frente—. Falta mucho dinero. Merck habló de más de dos millones, quizá de dos millones y medio.

—Y de tres hombres —puntualizó Graham, conciso.

McGee se acercó lentamente a ellos.

—Lo habían olvidado, ¿eh? —se burló—. Naturalmente, ese dinero les ha deslumbrado hasta el punto de no recordar que hay otro hombre en la montaña, otro atracador.

O'Reilly

se puso en pie. Una fría furia alteraba sus jóvenes y atractivas facciones.

—El dinero les ha deslumbrado —repitió, entre burlón e iracundo—. ¿Y a usted no, sargento McGee? Acérquese, mire, palpe; es riqueza de la que nunca oyó hablar, que jamás se atrevió a sospechar suya. ¡Coja el dinero, McGee! Así. ¿Se da cuenta? Tiene un tacto suave, mil veces agradable. ¿Qué dice ahora?

McGee soltó el dinero y tragó saliva.

No podía negarlo; el dinero, aquellos fajos de billetes poseían el poder de debilitar su voluntad.

Sus facciones cetrinas se tensaron; era la rendición total. Hasta aquel instante había venido dudando. O mejor, resistiéndose a la poderosísima tentación. Había puesto su sentido del deber como contrapeso que inclinase la balanza positivamente.

Ahora, en cambio, había vencido el dinero y su poder de atracción. Eran muchos años de privaciones, de peligros y de sacrificios, sin recibir a cambio más que unas migajas.

Todos estaban mirándole, porque comprendían que aquel momento era decisivo para el porvenir de los cuatro hombres. Todos aguardaban una palabra.

O'Reilly

y Garfield apretaban aquellas bolsas de lona entre sus muslos. Graham estaba encañonándole —¿casualmente?— con su inseparable metralleta.

En aquel instante, el silencio fue roto por el próximo petardeo de un escape.

Los cuatro policías se volvieron hacia la cima de la cercana colina, expectantes y tensos.

Pasaron unos segundos. McGee miraba sin pestañear hacia las alturas.

Súbitamente, en lo alto surgió la figura de un hombre cabalgando sobre una motocicleta de gran cilindrada.

Era Ted Greene, aunque los cuatro policías que ocupaban el barranco no le reconocieron en el primer momento.

Al verles, Greene frenó en seco, despavorido.

No alcanzaba a comprender nada. Ni la presencia de la policía, ni la ausencia de Dick y Pete, a los que había vuelto a buscar, al comprobar que no le seguían a través de aquel vericuetto de pedrizas, matorrales y despeñaderos.

Los neumáticos de su máquina derraparon sonoramente sobre los guijarros de la vereda rocosa. Greene perdió el equilibrio y cayó al suelo dando, tumbos.

Graham fue el primero en ponerse en movimiento. Al ver que Greene rodaba cuesta abajo en pos de su motocicleta, el policía elevó la metralleta y sonrió sádicamente.

Apretó el gatillo con saña. Las detonaciones, muy próximas a su oído, le causaron un inmenso placer.

Greene lanzó un alarido de infrahumano dolor y siguió rodando hasta los pies del sargento McGee.

El humo de la pólvora obligó a toser al sargento.

Estaba demudado y tembloroso cuando miró a Graham. Luego saltó sobre el policía, le asió de un brazo y le zarandeó, fuera de sí.

—¡Graham, Graham, es usted un asesino nato! ¿Quién le ordenó que disparara? Greene no suponía ningún peligro. Hubiéramos podido apresarle sin disparar un solo tiro —le apostrofó.

Graham se desasíó de un brusco tirón y retrocedió dos pasos. Había una mueca desagradable en sus facciones y la metralleta encañonaba ahora a McGee sin ningún lugar a dudas.

—Déjeme en paz. Somos socios, métaselo en la cabeza, y sólo aceptaré sus órdenes si me convienen —dijo con frialdad.

A pesar de la amenaza de la metralleta, McGee se hubiera lanzado contra Graham si Garfield no hubiera mediado.

—Vamos, vamos, sargento, ¿a qué disgustarse? Es posible que Greene no representase un peligro, pero lo cierto es que hemos eliminado a un testigo desagradable en relación con nuestros planes —dijo el motorista, con la convicción del que da por liquidado un asunto.

McGee hundió la cabeza entre los hombros, absolutamente trastornado.

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuró, aterrado por la frialdad y la falta de sentimientos de sus compañeros.

O'Reilly,

que había estado contemplándole con lástima, gateó ágilmente la pendiente y alcanzó las dos bolsas que transportaba Greene, caídas junto a unos arbustos.

En breves instantes, Garfield y O'Reilly

cargaron con el dinero a la espalda, dispuestos a abandonar el lugar. McGee suspiró. Sabía que si seguía oponiéndose a aquellos hombres dominados por el demonio de la codicia, sólo conseguiría que le enterrasen en la montaña.

De todas formas, aún tuvo valor para alzar una mano y detenerlos.

—¿Qué pretenden hacer? —preguntó.

—Ya lo ve —rió Garfield—. Vamos a poner el dinero en lugar seguro.

—Dejen esas bolsas en el suelo y escúchenme. No sé cómo pueden ser tan estúpidos. ¿Creen que basta con apoderarse del dinero y huir? Es necesario justificar todo esto de una forma razonable y coherente.

Graham se volvió, lleno de ira.

—Todo está justificado. Hemos perseguido a los atracadores. Sin éxito —dijo. Y añadió—: Por desgracia, no hemos podido recuperar el dinero.

—Eso es absurdo —le cortó McGee, con energía—. ¿Y los cadáveres, y esas motocicletas? Cualquier excursionista puede encontrarlos accidentalmente. Sin contar con que las autoridades van a interesarse mucho por el atraco.

O'Reilly

murmuró una maldición y dejó sus bolsas sobre las rocas. Estaba

muy pálido.

—Tiene razón. Estamos empezando a comportarnos como imbéciles. Hay que hacer desaparecer los cadáveres —asintió.

—¿Cómo? —preguntó Garfield—. Cavar un agujero suficiente para los tres sería imposible: no tenemos herramientas. Por otra parte, sería una locura perder el tiempo en este lugar.

A

O'Reilly

se le aclaró la expresión.

—Eso es razonable. Pero yo tengo otra solución —declaró.

—¿Cuál? —preguntaron Garfield y McGee, al unísono.

—Llevemos los cadáveres al bosque. Hay leña seca en abundancia.

McGee lanzó una exclamación.

—¿Está hablando de incinerarlos? Sería una atrocidad.

—Llémele como quiera, pero en ello está la solución. ¿No puede ser justificada cualquier atrocidad si se trata de poner a salvo dos millones y medio de dólares? —se burló

O'Reilly.

McGee miró a Graham y Garfield y comprendió por sus expresiones que ambos aprobaban la idea de Jack.

Era una salvajada. Pero McGee no tuvo fuerza de voluntad para oponerse a los planes de

O'Reilly.

En poco más de diez minutos, los tres cadáveres fueron llevados al bosque.

Garfield y

O'Reilly,

secundados de buena gana por Graham, se ocuparon de formar una considerable pira de troncos secos sobre los cuerpos de Greene, Dick Davis y Pete.

Entretanto, McGee sacaba el dinero de las bolsas y lo introducía a presión en los alojamientos para herramientas de ambos costados del *jeep*.

Demasiado dinero, pues apenas cabía en aquellos receptáculos. Finalmente, McGee hubo de guardar dos de aquellas bolsas bajo el capot del automóvil.

El fuego comenzó a crepitar poco después. La leña,

absolutamente seca, ardía fácilmente, elevando grandes llamaradas que comenzaron a prender en los árboles próximos.

Un olor nauseabundo comenzó a expandirse en el aire.

Ya volvían

O'Reilly,

Graham y Garfield hacia el *jeep*, cuando un hombre apareció entre los árboles.

Era Larry Wallace.

* * *

McGee quedó inmóvil y rígido, incapaz de toda reacción.

También Graham y los otros quedaron en suspenso al advertir la presencia del intruso.

—Buenas tardes, sargento McGee —rió Wallace, burlón—. ¿Ocurre algo? Estaba dando un paseo por el bosque, cuando escuché el estrépito lejano de unos disparos. Creí, en principio, que se trataría de cazadores. Pero ésta no es temporada de caza, de modo que...

McGee tragó saliva. ¡El odiado Larry Wallace! Y precisamente en el momento más inoportuno... ¿Cómo podían complicarse las cosas de forma tan espantosa?

De buenas a primeras aparecía el entrometido Wallace, como escupido por el bosque. ¿Habría visto algo comprometedor?

O'Reilly

fue el más expeditivo. Porque con un rápido movimiento, sacó su revólver y encañonó a Wallace.

—Estamos buscando a unos atracadores y su presencia aquí es muy sospechosa, Wallace. De modo que alce las manos, aproxímese despacio y apóyelas sobre el capot del *jeep*. ¡Muévase o disparo! —gritó como un energúmeno.

Wallace se acercó sin grandes precauciones.

—Eh, oiga, oiga —respondió, colérico—. ¿Qué diablos me cuenta a mí? Estoy pasando un día de campo con una chica en Snow Creek. Nada tengo que ver con...

En cuanto le tuvo a su alcance,

O'Reilly

saltó sobre él y trató de golpearle en la cabeza con la culata del

arma.

Larry adivinó su movimiento y se movió ágilmente. Con el brazo izquierdo desvió el brazo armado del policía, al tiempo que disparaba el puño derecho en un golpe corto que alcanzó secamente la mandíbula de

O'Reilly.

El policía exhaló un quejido y cayó de espaldas.

Ya se volvía Wallace, cuando le inmovilizó la fría voz de Graham:

—¡Quieto, Wallace! Si haces un solo movimiento te convertiré en una criba. ¡Y por Satanás, puedes creer que lo estoy deseando!

Un sudor frío inundó la ancha espalda de Wallace. Espacio, alzó las manos y permaneció inmóvil.

Graham se abalanzó sobre su espalda y le golpeó a culatazos en la cabeza hasta derribarlo.

O'Reilly

gruñó algo y se elevó del suelo, palpándose la mandíbula. Contempló a Wallace, caído, con los rubios cabellos manchados de rojo y le dirigió un par de puntapiés, hasta que McGee le apartó de él.

—Otra maldita preocupación —murmuró el sargento—. ¿Qué haremos ahora con él? Wallace puede haber visto algo. Ninguno de nosotros sabemos si estuvo espionándonos, oculto entre los árboles.

El fuego se iba extendiendo rápidamente por el bosque. El calor había subido de punto y se tornaba insoportable.

—Yo me ocuparé de Wallace —se ofreció

O'Reilly,

decidido—. Un par de balazos en la nuca y la hoguera se ocupará de él. No quedará rastro de este cerdo, al que todos odiamos.

—No es mala idea —reconoció Garfield—. Pero yo tengo otra mejor.

—Expóngala.

—Wallace puede ser nuestra cabeza de turco. Imaginemos que declaramos que le hemos sorprendido en el bosque cuando prendía fuego al dinero. Sabiéndose acosado, Wallace, autor del atraco, prefirió quemar el dinero con la esperanza de destruir la única prueba en contra suya. Naturalmente, nosotros hemos llegado a tiempo de salvar un puñado de billetes, a medio quemar. Ésa será la

principal prueba contra Larry Wallace. ¿Qué les parece?

—La idea me parece admirable —opinó

O'Reilly.

«Propia de un canalla como Garfield», pensó McGee.

—Estoy con Garfield —respondió Graham.

McGee tuvo que acceder.

—Es una idea tortuosa y brillante, propia de usted, Garfield. Está bien, espósenle. Le subiremos al *jeep* y le llevaremos a Denver. Por otra parte, hay que dar la alarma a los vigilantes forestales o todo Mount Evans arderá de parte a parte.

—Pero no demasiado pronto, sargento —observó Garfield, atento—. Hay que dar tiempo al fuego para que convierta en ceniza esos cadáveres.

A McGee se le hizo un insoportable nudo en la garganta, pero ya no podía volverse atrás.

En cuanto e¹ cuerpo de Wallace estuvo en el *jeep*, McGee subió a su asiento y dio a

O'Reilly

la orden de partir.

En aquel momento. Larry abrió los ojos y lanzó un gemido de dolor.

Mareado y dolorido, no fue capaz de hacerse cargo de su situación en el primer momento.

Luego elevó un poco la cabeza y miró a su alrededor.

Además de las piernas de Graham y Garfield, Larry vio el pico del billete de Banco que asomaba fuera de la tapa de la caja de herramientas.

Entonces, Graham se movió y le miró.

Larry cerró los ojos y fingió seguir desvanecido.

Pero el dinero..., ¿qué significaba?

Larry comenzó a sentirse interesado en aquel asunto. E imaginó, de paso, que no iba a ser muy fácil apoderarse de aquel dinero.

CAPÍTULO VI

Una hoja seca revoloteó en el aire y cayó sobre el fino rostro de Carol. Abrió los ojos, suspiró y se elevó ele un salto, sobresaltada.

Larry no estaba en el coche. ¿Habría llevado a cabo su capricho de caminar un rato a través del bosque?

Se puso en pie con gracia felina y recogió su monedero del viejo «Rover» descapotable. ¿Para qué querría Larry un radio-teléfono en el coche?

Larry decía que Houston, su preparador del gimnasio, prefería tenerle siempre controlado..., aunque fuese por teléfono. Pero un radio-teléfono resultaba excesivamente caro y Larry no podía ganar mucho dinero en aquellos combates de boxeo de a dólar la velada.

Como sintiera sed, Carol fue a la caseta que servía de bar, en el *camping* y pidió una Coca-cola fría.

En la cantina, Archie, el mozo, le hizo una seña.

—Eh, señorita Bannis. Alguien la ha estado llamando por teléfono desde Denver. ¡Espere! Me parece que vuelven a insistir. El teléfono está aquí mismo, detrás de la cantina.

—Gracias —dijo Carol. Y dejó una moneda sobre el mostrador.

La persona que estaba al otro lado del hilo telefónico era el ayudante del fiscal, George Bannis.

—¡Papá! ¿Eres tú?

—Pues claro que soy yo. Escúchame con atención, hija: he gastado mucho tiempo y una considerable cantidad de dinero en conseguir comunicación contigo. Eres una loca, Carol. ¿Puedo saber qué haces en Snow Creek? John Jordan me preguntó si irías a almorzar a su casa. Naturalmente, John habrá tenido que almorzar

solo. Jordan tenía interés en llevarte a pasar el fin de semana al rancho Jordan. Parecía ansioso, muy interesado, ¿comprendes? Carol, tú sabes que los Jordan son gente prestigiosa, importante y rica...

—Escúchame también tú, papá —exclamó Carol, incapaz de callar—. Hay algo que debes saber: John Jordan y su estirada familia me importan un pimiento. John es un tipo relamido y puntilloso, lleno de prejuicios y pagado de sí mismo. No me interesa. Te agradezco que me hayas dado el recado, pero...

—¡Carol! ¿Crees que di mi palabra a Jordan en vario? —Sonó vibrante la voz de George Bannis—. Le prometí que irías.

—Nunca debiste hacerlo, papá. Porque no pienso asistir al maravilloso fin de semana en la no menos fastuosa residencia-rancho de los Jordan. Estoy bien en Snow Creek. Regresaré esta noche, papá.

Carol esperó la respuesta de su padre antes de colgar. A través del aparato le llegó la respiración sibilante y tensa de Bannis.

—Ya lo comprendo —se le notaba disgustado, malhumorado—. Está ahí ese tipo, ¿eh? Ese Wallace, ¿no se llama así?

—¿Larry? Oh, sí, así se llama, papá. Es un hombre muy atractivo, preocupado y viril.

—Debí suponerlo. Pues bien, apártate de ese hombre, Carol. Es un indeseable, fichado por la policía, un tipo sin escrúpulos, amoral, violento y sinvergüenza que te meterá en un embrollo antes de que puedas sospecharlo...

—Te equivocas, papá. Larry es un buen boxeador. Llegará a ser...

—Llegará a la cárcel, pero sin ti, Carol. Te ordeno que vuelvas ahora mismo a casa. Vuelve, por favor, Carol. Sin perder tiempo.

Carol fue a decir algo, pero la comunicación con Denver se había cortado ya.

Movió la cabeza, rabiosa. Su padre demostraba excesiva animosidad contra Larry.

Wallace era noble, directo, sincero. Tal vez, un cabeza loca, pero bondadoso y considerado, al fin.

En fin, tendría que volver a casa. Pero antes tenía que explicarle la situación a Larry.

Dejó la botella en la cantina y tomó el camino del bosque. Una

sirena resonó a su espalda, obligándola a apartarse. Un autopatrulla la envolvió en una nube de polvo rojizo.

Carol se detuvo, pensativa. ¿Qué hacía un coche de la policía en Snow Creek? Pensó en Larry y el corazón le dio un vuelco.

Aceleró la marcha. Cada vez se sentía más y más inquieta por la ausencia de Larry.

Un zumbido se oyó entre los árboles. Carol se detuvo en un calvero, protegió sus ojos con una mano extendida y avizó el firmamento.

Un hidroavión de abultada panza volaba muy bajo, casi rozando las copas de los árboles. Era un aparato del servicio forestal contra incendios.

Siguió con la vista el curso del avión y advirtió la espesa humareda en la falda del monte Evans.

¡Un incendio! Y no pudo evitar un escalofrío. ¿Larry, apresado en mitad del incendio, cercado por las llamas, abrasado, muerto...?

El corazón se le subió a la garganta. Sentía miedo y una terrible inquietud. Le hubiera gustado ver aparecer a Larry entre los árboles, abrazarse a él llorando..., pero tranquilizada al comprobar que él estaba sano y salvo.

Estaba pensando en esto cuando escuchó el petardeo de un escape.

Apoyada en el tronco de un árbol, Carol aguardó.

Unas ramas se movieron y un *jeep* rodó cuesta abajo hasta alcanzar el camino.

Los hombres que ocupaban aquel vehículo parecían policías. Sí, dos de ellos vestían de uniforme y uno llevaba una metralleta sobre las rodillas.

Oculto por las ramas de los arbustos, Carol vio una rubia cabellera flotando al aire.

¡Larry! ¡Era Larry, no podía equivocarse!

Larry Wallace, esposado, con el rostro manchado de sangre...

Carol corrió como una loca cuesta abajo, arañándose las piernas en los matorrales y gritando con desesperación:

—¡Larry, Larry! ¡Esperen! ¡No pueden llevárselo...!

Pero el *jeep* se perdió en una vuelta del camino. Carol tropezó y cayó dando tumbos.

Volvió a incorporarse. Lloraba y gemía, sintiendo las piernas

heridas y la sangre húmeda y caliente resbalando por su piel. Consiguió alcanzar el camino y siguió corriendo.

No comprendía lo ocurrido a Larry, no podía comprender nada.

El incendio en el bosque, el avión derramando su panza henchida de agua sobre los árboles, los policías que se llevaban a Larry...

Con el corazón en la boca, Carol Bannis corría desolada, de vuelta a Snow Creek.

* * *

El *jeep* no se detuvo en el *camping*. Por el contrario, Jack O'Reilly aceleró al tomar la curva.

—Hay que ocultar el dinero en alguna parte —dijo McGee, apretadas las mandíbulas y entornados los ojos para evitar el polvo. O'Reilly le miró fugazmente.

—¿Ocultarlo? ¿Para qué? —preguntó.

—No se deje cegar por la ambición, Jack. ¿Quiere que volvamos a la estación de policía con el *jeep* lleno a reventar de billetes? —se burló el sargento.

Graham asintió con una cabezada. No parecía en absoluto preocupado. Quizá estaba reflexionando sobre la forma de invertir su parte del botín.

—El sargento tiene razón. Sería mejor guardar el dinero en algún lugar seguro. Sólo hasta dentro de algunos días —dijo.

—¡Eso es absurdo! —vociferó Garfield, que había palidecido—. ¿Quién de nosotros se fiaría de los demás? Uno cualquiera de los cuatro podría volver una hora después al escondite del dinero y cargar con todo el botín.

McGee dejó escapar una palabrota ruda.

—Cállese —ordenó secamente—. No sabe lo que dice, Garfield. No podemos andar por ahí con más de medio millón de dólares cada uno. Hay que esconder el botín. Eso está fuera de toda duda. Sin embargo...

—¿Qué? —inquirió O'Reilly.

Detrás del *jeep* sonó un claxon.

—¡Cuidado! —gritó Graham.

Un «Ford» color *beige* les adelantó peligrosamente. Inmediatamente, el automóvil volvió a la derecha y frenó en seco, cortándoles el camino.

O'Reilly

blasfemó, airado, y de un manotazo alcanzó el revólver.

Ya se disponía a bajar cuando un individuo obeso, fornido y calvo, abandonó el «Ford» y vino hacia el *jeep*.

McGee palideció.

¡El teniente Phil Benson!

¿Qué iba a suceder ahora? Benson era hombre de pocos escrúpulos, pero ¿cómo averiguar si estaría dispuesto a colaborar con ellos?

—Disimulen —propuso

O'Reilly

—. Es posible que el teniente no sepa nada.

Aguardaron, en tensión.

Benson llegó junto a ellos y saludó de mala gana.

—¿Quién es ése? —preguntó, señalando a Larry Wallace.

—Un individuo peligroso. Se llama Wallace, Larry Wallace —respondió McGee, tratando de contener sus nervios—. Lo encontramos en el bosque, cuando perseguíamos a los atracadores de la furgoneta del Denver Bank. Estaba prendiéndole fuego al dinero. Logramos salvar algunos billetes...

Benson dejó caer una manaza sobre el capot del *jeep*. Su rostro estaba gris y la cólera hacía temblar *su* grueso labio inferior.

—No sabe usted mentir, sargento. Debiera conectar la radio e informar al capitán Harrison —gruñó, dirigiéndoles una fría mirada a los cuatro.

—¿Qué quiere decir, teniente? —preguntó

O'Reilly,

con descaro.

—Les he estado observando a través de mis prismáticos. —Benson introdujo la, mano izquierda en el bolsillo de su pantalón. Era ostensible que acababa de empuñar su revólver, desconfiado—. Salí de la estación de policía en cuanto recibí en mi casa la noticia del atraco. He venido por la carretera doscientos ochenta y cinco,

he visto el cadáver de Merck, las huellas de unas ruedas de motocicleta. Casi he destrozado mi coche a través de los barrancos, pero ello me ha permitido *espíarles* a ustedes. Así he podido presenciarlo todo...

—¿Todo? —preguntó Graham, saliendo de su hermetismo.

—Eso he dicho. He visto cómo cardaban el dinero en el *jeep*. Son ustedes unos asesinos. De hecho podría disparar ahora mismo a quemarropa sobre los cuatro y cualquier tribunal me absolvería libremente.

Durante unos segundos, los cinco hombres, permanecieron en silencio. Benson les observaba, malicioso, sin perderles de vista un instante.

—En cuanto a la pira funeraria —siguió luego—, han conseguido lo que pretendían: los cadáveres están calcinados. Pero en su estúpida precipitación, ninguno de ustedes reparó en que dos de los cadáveres llevaban estas medallas de identificación. ¿Las ven? Richard Davis y Peter Largrow...

Garfield, Graham,
O'Reilly

y McGee quedaron como petrificados.

Detrás de ellos, Larry Wallace dejó escapar una risita sardónica.

—¿Qué tal ahora, señores? Creo que se encuentran en un serio apuro, ¿no es verdad, teniente Benson? —se burló.

Pero el oficial de policía rodeó el *jeep* y se acercó a Wallace.

—No seas imbécil, muchacho. Esto no va a mejorar en nada su situación. Usted está marcado ya. No escapará —rezongó.

Larry se humedeció los labios.

—Vamos, vamos, teniente —sonrió—. Tiene en sus manos la ocasión de conseguir su más brillante servicio. Arreste a estos hombres y suélteme. Le ayudaré. Usted sabe que nada tengo que ver con este asunto. Usted sabe que ellos son unos asesinos sin conciencia...

Benson le cortó en seco.

—Eso parece de importancia, Wallace. Necesitamos un culpable. Y usted será el culpable que buscamos. Pagaré por los asesinatos de Merck y el conductor Bulkin. Y también, por los de Greene, Davis y Largrow —dijo con un tono tan frío e indiferente que el preso tragó saliva, impresionado.

McGee se volvió con brusquedad en su asiento.

—¿Quiere eso decir que no va a denunciarnos, teniente? —preguntó, con una pizca de esperanza.

—Quiero decir que me interesa ver el color de ese dinero. Quiero verlo. ¡Enséñenmelo! —exigió, brutal.

Graham oprimió con fuerza el resorte de la tapa de uno de los alojamientos. Los billetes, excesivamente apretados, brotaron fuera y se desparramaron sobre el piso del vehículo, entre las piernas de Wallace.

Los ojos azules de Benson brillaron, excitados.

—Guarde el dinero como si se tratase de su propia vida, Graham —recomendó el teniente. Y volviéndose hacia Garfield, O'Reilly

y el sargento, añadió—: Ahora vamos a poner las cosas en claro.

—Por supuesto, puede contar con una quinta parte del botín, teniente —se apresuró a ofrecer

O'Reilly,

con una sonrisa adulatora.

—Eso ya lo sé —respondió Benson, con aplomo—. Me refiero al informe que vamos a presentar ante el capitán. Harrison es un holgazán, pero no es un idiota. Dos guardabosques han visto los restos de los cadáveres de Greene, Davis y Largrow. No podemos encubrir su muerte. Por tanto...

—¿Qué es lo que ha pensado? —preguntó McGee, nervioso.

—Diremos que sorprendimos a Wallace cuando prendía fuego a la pira, con objeto de hacer desaparecer los tres cadáveres; él mismo mató a Greene, Davis y Largrow, ¿comprenden? Ahora bien, ¿cómo sucedió todo? Greene, Davis y el chico estaban recorriendo el bosque y le sorprendieron con el dinero. Para evitar que le denunciaran, disparó a matar, sin previo aviso. Apréndanselo de memoria: es importante.

—Siga.

—¿Qué pensaban hacer con Wallace? —les interpeló Benson.

—Llevarlo ante el fiscal, con ese puñado de billetes a medio calcinar. Tiene antecedentes policiales. Sería fácil conseguir para él una condena a perpetuidad o quizá algo mejor. ¿Qué conseguirían las protestas de un delincuente contra la palabra de cinco policías honrados?

Wallace dejó escapar una risita.

—Cinco honrados policías, ¿eh? —exclamó, irónico. Iba a seguir hablando, pero Graham le obligó a callar de un culatazo en la espalda.

—No me convence el proyecto de llevar a Wallace ante el fiscal y el juez —murmuró Benson. Escupió en el suelo y miró a McGee—: Venga conmigo, sargento.

O'Reilly

les vio penetrar en el «Ford» del teniente con una expresión desconfiada.

—No me fío de Benson. Es posible que trate de dejarnos fuera del reparto —gruñó, mirando a Graham y Garfield.

—Tranquilícese, Jack —respondió Graham, moviendo el cañón de su metralleta—. Benson acaba de recomendarme que cuide del dinero como si fuese mi propia vida, ¿no es cierto? ¡Pues eso es lo que haré! Si alguien trata de tocarlo...

Dentro del «Ford», McGee miró a Benson con curiosidad.

—¿De qué se trata? —quiso saber.

El teniente encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo por la ventanilla.

—He preferido que hablásemos aquí para no poner sobre aviso a Wallace. Llevar a ese muchacho ante el juez me parece estúpido y temerario —confesó—. ¿Qué hacía Wallace en el bosque?

—Dijo que había venido a hacer *camping* con una muchacha al campamento de Snow Creek.

—Posiblemente será verdad. He visto a una joven por el camino. Me pareció que era la hija del ayudante del fiscal, George Bannis. ¿Cree que podría ser ella, sargento?

McGee palideció. Su frente se cubrió de frío sudor.

—¿Está..., está seguro de haberla visto en el bosque? —tartamudeó.

—Eso creo. Pero ¿qué significa ese temor, McGee? ¿Es que ha visto a *miss* Bannis con Wallace anteriormente?

—Así es. Fue esta misma mañana, cuando le puse en libertad. Salí a la calle y les vi juntos, dentro del viejo «Rover» de Wallace. Si ella ha podido ver algo, las cosas se complicarán horriblemente.

Benson le miró con dureza.

—A eso iba. Yo lo arreglaré. Y escuche: a Wallace es imposible

llevarle ante el juez; la chica jurará que el muchacho estuvo con ella todo el tiempo, a excepción de un rato. Demostrará fácilmente que Wallace no tuvo tiempo para cometer el atraco...

—¿Entonces?

—Vamos a dejarle en libertad.

—¿Dejarle en...? Usted se burla, teniente.

—Nada de bromas —denegó Benson, tajante—. Quítele las esposas y dígle que se marche. Y en cuanto se haya alejado unos pasos, ordene a sus hombres que disparen a matar sobre él.

McGee bajó los ojos, horrorizado.

«¡Dios santo! —pensó—. Esto se está convirtiendo en una monstruosa escalada de crímenes».

Habían muerto cinco personas, amén del criminal atentado que suponía el bosque en llamas, puesto que el fuego podía sorprender y abrasar a centenares de excursionistas diseminados por las estribaciones del monte Evans.

Por último, Benson acababa de decidir el asesinato de Larry Wallace, que si bien era un delincuente al que McGee odiaba, era absolutamente inocente en aquel caso.

¿Cuál sería el próximo asesinato? Porque de seguir así las cosas...

—Naturalmente —añadió Benson en aquel instante—, habrá que eliminar también a Carol Bannis, si queremos sentirnos seguros. Yo me encargaré de ello.

CAPÍTULO VII

Larry no se movió cuando Graham le abofeteó sin suavidad.

—Vamos, lárgate. Eres libre. El teniente Benson está convencido de que no eres culpable.

Estupefacto, Graham comprobó que Wallace no se movía. Insistió con las bofetadas, pero el preso continuaba inmóvil. Sin duda el culatazo había sido demasiado fuerte.

—Tanto mejor —observó Benson—.

O'Reilly,

baje del *jeep* y ayude a Graham a llevar a Wallace hasta los linderos del bosque. Terminen el trabajo allí.

Larry notó las manazas de Graham alrededor de sus tobillos. Y el aliento de

O'Reilly

sobre su rostro.

Su cuerpo, largo y robusto, se bamboleó cuando le llevaban hacia el otro lado del camino.

Entornó los ojos en una rendija y vio los troncos de los pinos. Aspiró aire profundamente, con gran lentitud e intensidad.

—¿Para qué ir más lejos? —dijo

O'Reilly

—. Hagámoslo aquí mismo.

Graham soltó sus tobillos. En aquel mismo instante, Wallace alzó los brazos, volteó a

O'Reilly

por encima de su cabeza y le proyectó contra Graham, que alzaba ya su metralleta, dispuesto a acribillar al detenido.

El revólver de

O'Reilly

cayó al suelo cuando Graham y él rodaron en confuso montón. Pero Larry no pudo recoger el arma, porque corría ya como un loco, describiendo un zigzag a través de los gruesos troncos de los pinos.

Finalmente,

O'Reilly

se desprendió, furioso, de los brazos de Graham, se arrodilló y buscó, excitado, su revólver, que no pudo encontrar en la hojarasca.

—¡Dispare, dispare, Graham! —chilló.

Wallace corría a unos cincuenta metros de distancia cuando Graham recobró su metralleta y se la echó a la cara.

Crepitó una corta ráfaga de disparos. Larry escuchó el chasquido de las balas que arrancaban fragmentos de la corteza de los árboles. Pero la metralleta no volvió a disparar.

—¡M...! —rugió Graham, desorbitando los ojos—. Se terminó el cargador.

Wallace había superado para entonces una pequeña pendiente y se dejaba caer cuesta abajo, rodando como un tronco.

Alcanzó un barranco y corrió entre los arbustos a toda velocidad.

El caminillo, más bien vereda, apareció ante sus ojos. Y sus oídos detectaron el petardeo del escape de una motocicleta.

Asomó la cabeza entre los arbustos y vio al pelirrojo barbudo que conducía la moto.

No era momento de dudar, ni de permitirse cortesías. De un salto, Wallace apareció en la vereda y se plantó en el centro.

El barbudo torció el manillar para evitar el atropello. Wallace le aferró por la cazadora y le desmontó limpiamente.

Por algún extraño sortilegio, la moto siguió rodando a escasa velocidad, vereda adelante.

Larry corrió como un conejo en pos de la máquina, saltó como un puma sobre ella y se esforzó en mantener el equilibrio.

Aceleró a fondo, ansioso por escapar a la muerte. Fueron cuatro o cinco kilómetros a campo través, hasta alcanzar el *camping*. Justo en el momento en que Carol Bannis abandonaba Snow Creek, conduciendo el «Rover» en dirección a Denver.

El rostro aniñado de Carol reflejó un estupor sin límites, al ver cómo Wallace brotaba de una hondonada, montando la motocicleta.

—¡Larry! ¿Es posible...?

Wallace arrojó la motocicleta a la hondonada y saltó al coche.

—No... hagas... preguntas ahora —murmuró, jadeante—. Da la vuelta y dirígete a Dowd por el camino del bosque.

Carol contemplaba, espantada, su rostro ensangrentado y sus ropas en jirones. No hizo preguntas, sin embargo. Maniobró veloz y atravesó Snow Creek, alcanzando el camino que, a través de los montes, llevaba a Dowd.

Llevaban viajando media hora. De pronto, Carol se sintió incapaz de seguir reprimiendo su inquietud.

—Larry, estoy aterrada. Aquellos hombres, ¿eran policías? —preguntó.

—No perdamos el tiempo ahora, Carol —respondió el hombre, con premeditada brusquedad—. Tengo que escapar de la policía. No puedo explicarte nada. Ya te lo advertí: no te intereso. Y harás bien en regresar a tu casa cuanto antes y no volver a cruzarte conmigo.

Ella calló, dolorida. Amaba a Wallace por encima de cualquier consideración, pero ¿no sería prudente escuchar los consejos de aquel joven alocado y misterioso?

Tal vez Larry había cometido algún delito. El hecho de que la policía le hubiera detenido, así parecía afirmarlo.

Sin embargo, Carol miraba de reojo a Wallace y veía su rostro ensangrentado, lo que producía en ella un ardiente sentimiento de ternura.

Durante una hora, rodaron por el cuidado camino. Ninguno de los dos habló una sola palabra.

Acababan de cruzar Dowd, cuando Wallace señaló una desviación a la derecha.

—Por ahí.

—No es posible, Larry. ¡Es el camino hacia una base de helicópteros del Ejército de Estados Unidos! —respondió Carol, pasmada.

Wallace habló sin mirarla.

—Escucha, cuando está en peligro mi vida, debo hacer las cosas a la desesperada. ¡Arranca! —gritó, con dureza.

Turbada, Carol torció el volante y el automóvil penetró en el camino privado.

Ante el control vigilado por un centinela armado, Wallace bajó del automóvil y se acercó a la puerta.

Carol no podía oír lo que Larry hablaba con el soldado, pero de repente Wallace movió sus puños y el centinela cayó al suelo.

De asombro en asombro, Carol vio cómo Wallace se apoderaba de la metralleta del soldado y dejaba franco el paso al automóvil.

El «Rover» avanzó hacia la jefatura de la base. Metralleta en mano, Wallace penetró en el edificio.

Carol respiraba angustiada. ¿Quién era aquel Wallace salvaje y extraño, absolutamente desconocido para ella?

Estaba atormentándose con aquellas preguntas, cuando dos hombres salieron del edificio de jefatura.

Wallace encañonaba con la metralleta a un suboficial.

Y parecía muy dispuesto a disparar, si aquel hombre se negaba a obedecerle.

—¡Baja! —gritó Wallace, salvaje. Y Carol obedeció.

Lo comprendió todo un momento después, cuando se aproximaron a las pistas de aterrizaje, donde un mecánico acababa de descender de un helicóptero, cuyas aspas giraban ya cortando el aire.

—Sube —ordenó fríamente Larry, sin dejar de apoyar el cañón de la metralleta en la espalda del piloto—. ¡Aprisa!

Segundos después, el piloto tomaba los mandos y el aparato se elevaba en el espacio.

—Larry, no entiendo nada, ¡nada! —sollozó Carol, temerosa—. Lo que has hecho es peligroso. ¡Si te detuvieran...!

—No lo conseguirán —respondió Wallace, hermético. Y no dijo más.

El helicóptero puso rumbo al norte y aumentó la velocidad. Desde las alturas, Wallace escrutaba a través del cristal de la portezuela.

Un automóvil blanco, un «Ford» exactamente, acababa de abandonar Dowd y rodaba por la carretera en dirección a Denver.

A Wallace no le costó gran esfuerzo reconocer el automóvil del teniente Benson.

Sonrió, sin ganas. Porque tanto él, como Carol Bannis, acababan de escapar por pocos minutos a las zarpas de Benson y sus secuaces.

El helicóptero no se dirigió al helipuerto de Denver. El piloto, obligado por Wallace, descendió en un llano próximo a los mataderos.

En cuanto Carol y el joven hubieron descendido, éste ordenó al piloto que se elevara. Finalmente el aparato desapareció en el firmamento.

Larry y *miss* Bannis se miraron en silencio. Por los ojos de Wallace cruzó un destello extraño. Luego desvió la mirada y dijo:

—Vete, Carol. Será mejor que no volvamos a vemos.

—Si tú quisieras confiar en mí, Larry. ¡Puedo ayudarte, puedo...! —exclamó ella, fogosa.

—No puedes hacer nada. Ellos saben que estuviste conmigo en Snow Creek. Estás en peligro, muñeca. Será mejor que te encierres en tu casa y no salgas en unos días. Buena suerte —respondió él.

Ni un beso, ni un gesto afectuoso. Finalmente, Carol alzó la barbilla, orgullosa, y caminó hacia la distante estación de autobuses.

Wallace estuvo contemplándola hasta que la airosa figura de la joven desapareció. Entonces un suspiro distendió su ancho pecho.

—Lástima —murmuró—. Una bella y deliciosa muchacha, pero es mejor así. Confío en haberla asustada. El miedo será su salvación.

Ocultó la metralleta en un vertedero de basuras. A buen paso, alcanzó los arrabales de Denver, cuando ya el sol comenzaba a declinar.

Penetró en una tienda e introdujo una moneda en el teléfono.

—Fordyce —dijo únicamente.

Al cabo, una voz gruesa retumbó a través del hilo telefónico.

—Al fin, Larry. ¿Dónde se metió? Estuve...

—Lo sé, lo sé —le atajó Larry, veloz—. Han surgido un cúmulo de incidentes. En verdad, desde que trabajo para usted, Fordyce, jamás había corrido tanto peligro como en las últimas horas. Escúcheme con atención: acabo de descubrir un asunto interesante. Lo que siempre habíamos estado esperando...

—Diga, diga.

Hablaron durante tres minutos, sin interrupción. Larry tuvo que meter otra moneda en la ranura para evitar que se cortara la comunicación.

—De acuerdo —resumió Fordyce, con la voz alterada por el interés—. ¿Qué es lo que necesitas?

—Un coche. O mejor, un taxi. Un uniforme de taxista me vendría bien. Con radio-teléfono, si fuese posible...

—Pero necesito garantías, Wallace. No puedo exponerme...

—Hágalo y tendremos ese dinero. Se lo garantizo.

Escuche: me encuentro en Wilbur Lane, esquina a Eisenhower Park. Estaré esperando.

Colgó seguidamente. El reloj luminoso de la tienda señalaba las siete y media de la tarde.

Volviendo a la calle, Wallace se preguntó si era posible que hubieran sucedido tantos acontecimientos en el plazo de cuatro o cinco horas.

Veinte minutos transcurrieron antes de que un taxi amarillo se detuviera a su altura.

—¿Wallace? —preguntó el joven moreno que descendió del coche.

—Sí. ¿Trae mi encargo?

—El tanque está lleno de gasolina y dentro de una bolsa, tiene lo que pidió. Buena suerte.

—Gracias —respondió Wallace. Rodeó el coche y penetró en él.

La bolsa contenía un uniforme de taxista completo. Había también unas gafas oscuras, que Larry aprobó con un movimiento de cabeza, una pistola «Walker» y cinco cargadores.

Se vistió el uniforme con algún esfuerzo, se puso las gafas y se caló la gorra. No estaba mal. ¿Quién iba a imaginar que no se trataba de un auténtico taxista?

La pistola la guardó en la caña de una de las botas que había llevado a la accidentada excursión a Snow Creek. Los cargadores fueron alojados en la otra bota.

Aguardó en el coche hasta que comenzaron a encenderse los anuncios luminosos. Luego puso el motor en marcha y se separó de la acera.

Hacia el anochecer se encontraba en la amplia Skelton Avenue.

Buscó un hueco para estacionar el taxi en las proximidades de la estación de policía y consiguió aparcar a unos veinte metros de allí.

Dispuesto a aguardar pacientemente, sintió unas acuciantes ganas de fumar. No tenía cigarrillos y tuvo que aguantarse.

Poco después descolgaba el auricular del radio-teléfono y marcaba un número. Una voz masculina, impersonal, murmuró de carrerilla:

—Policía estatal. Dígame.

—Verá, quisiera consultar mi caso al teniente Benson —dijo Wallace. Y una débil sonrisa se reflejó en sus facciones cuadradas—. Se trata de algo muy... delicado. Mi esposa...

—Llame más tarde, amigo. El teniente Benson no se encuentra en la estación —le respondieron escuetamente. Y colgaron.

Ahora sabía que Benson y sus camaradas no habían regresado aún de Snow Creek. Podía esperar tranquilamente.

Bajó del coche, penetró en un drug y compró cigarrillos. Encendía uno en la acera, cuando vio su imagen reproducida en la pantalla de un televisor, situado en una cercana cervecería.

Se aproximó a la puerta y vio docenas de rostros con la jarra de cerveza en la mano y los ojos fijos en el televisor.

—... cometido cinco horribles asesinatos. Se trata de Larry Wallace, cabellos rubios, ojos... —decía el locutor.

Larry volvió apresuradamente sobre sus pasos y se ocultó en el taxi.

Diminutas gotitas de sudor cubrían su rostro.

Era la caza. Millones de personas contemplarían su rostro en la pantalla, miles de hombres hambrientos de dinero le buscarían.

—En buen lío me he metido —murmuró. Pensó en Benson, en McGee y los otros. Un rictus salvaje distendió sus facciones—. Lo pagarán —se dijo.

Con el pañuelo, comenzó a limpiarse las manchitas de sangre reseca que aún quedaban en sus mejillas.

CAPÍTULO VIII

Benson estaba de un humor que se lo llevaban los diablos. Despeinados sus escasos cabellos, cubiertas sus facciones de una masa formada por polvo y sudor y dominado por la más ardiente cólera, apenas podía articular las palabras.

—Inú... tiles, cre... tinos, imbé... ciles..., ¡todo es... poco para describirles con exactitud! —gritaba en medio del camino, haciendo cortos viajes que iban desde su automóvil hasta la cuneta.

Graham y O'Reilly, jadeantes y sucios, con las ropas en jirones, le miraban con cara de circunstancias.

—Bien, ¿qué vamos a hacerle? —dijo O'Reilly, con su habitual descaro—. Escapó.

—Lo siento, teniente —gruñó Graham, con la metralleta colgando del brazo—. Olvidé que el cargador de mi metralleta estaba casi agotado y...

Benson llegó en una carrerita hasta él. Por un momento, Graham temió que el oficial de policía fuera a golpearle. Al fin, expulsó el aire contenido a duras penas en sus pulmones con un bufido rabioso.

McGee, apoyado en el *jeep*, aguardaba, profundamente abatido.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó, mientras Benson trataba inútilmente de encender un cigarrillo que más parecía un churro.

Benson arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisoteó. Luego, se volvió al sargento y le observó de mala gana.

—Haga lo que voy a dictarle. Conecte la radio y llame a Denver.

Diga al operador que alerte a todas las unidades del condado e incluso de las zonas próximas a la capital. Larry Wallace, sospechoso de asesinato y robo a mano armada, ha conseguido huir. Diga sus señas personales, describa su indumentaria..., ¿es que tengo que dárselo todo mascado? —explotó el teniente.

—No es necesario que perdamos los estribos —respondió McGee, que se sentía humillado—. Veamos, ¿cómo justificar la fuga de Wallace?

Benson pateó el polvo rojo de la carretera antes de responder.

—No tiene imaginación, McGee. Diga que el preso solicitó orinar y que hubo que librarle de las esposas por un momento. Que golpeó de improviso a dos de ustedes y que supo aprovechar la oportunidad para huir a través del bosque.

O'Reilly

había conectado la radio ya y tendía el micrófono al sargento. McGee transmitió el informe como mejor supo.

Tras lo cual, cerró la comunicación y se volvió a Benson.

—Dentro de poco —dijo—, todo el monte Evans y sus alrededores se llenarán de policías y guardas forestales. Debemos pensar en el dinero. ¿Dónde ocultarlo? Dos millones y medio apenas caben en el *jeep*.

Benson señaló su coche.

—El maletero de mi automóvil es nuestra mejor arca de caudales —propuso—. Lleven el dinero allí.

O'Reilly

lanzó una risita, mientras McGee, Graham y Garfield se consultaban con la mirada.

—¿Me permite una opinión muy personal, teniente? —exclamó O'Reilly

—. En las actuales circunstancias, sería tonto decir que no me fío de nada..., pero es la única verdad que estoy dispuesto a creer. No me fío de usted, sobre todo, teniente. Sería capaz de largarse con el dinero en cuanto diésemos media vuelta.

Benson le miró con desprecio.

—Tan cínico y tan estúpido como siempre, ¿eh, O'Reilly?

Piense: ¿cómo podría marcharme? Ustedes me seguirán adonde quiera que yo vaya. Háganme caso: guarden el dinero en mi

maletero. Yo cerraré y tiraré lejos las llaves. Hasta que estemos fuera de peligro, el coche con el dinero permanecerá aparcado ante la estación de policía..., con los neumáticos rajados para mayor seguridad. Todos podemos turnarnos para vigilarlo. ¿No es la mejor solución?

—Ajá, eso no está mal —se avino

O'Reilly

—. Pero no dejaré que nadie se aproxime al automóvil sin previo acuerdo, Benson.

—Bien —asintió Garfield—. Sin embargo, recomiendo que el reparto se lleve a cabo cuanto antes. Es decir, si es posible, esta misma noche, cuando terminemos nuestro servicio.

—¿Por qué no? —accedió amablemente Benson—. Se trata únicamente de ocultar el botín por unas horas. A ver, ¿Graham, McGee?

—Sólo hasta la noche —respondió Graham, receloso.

—Digo lo mismo. Si estoy exponiendo mi carrera y mi libertad, lo mejor para mí será disponer cuanto antes de mi parte —resolvió McGee.

—De acuerdo —respondió Benson—. Vamos a llevar el dinero a mi coche. Estén atentos. Puede llegar cualquier coche.

El traslado de las repletas bolsas se llevó a cabo en pocos segundos.

Tras lo cual, McGee llamó por radio a la central otra vez y tomó a pedir instrucciones.

—Manténganse en los alrededores de Snow Creek y controlen los caminos hasta que los helicópteros de la policía les releven en la búsqueda del fugitivo. Si le dan vista, disparen a matar —respondió el operador de Denver.

—Volvamos hacia Snow Creek, entonces —propuso Benson—. Yo iré delante, si no tienen inconveniente. Es posible que *miss* Carol Bannis continúe en el *camping*. Y si es así...

Se volvía ya hacia el «Ford», cuando se quedó rígido al ver a O'Reilly, inclinado bajo la parte trasera de su automóvil.

El fuerte olor a gasolina llegó hasta su nariz. Y Benson comprendió en el acto:

O'Reilly

acababa de vaciar su tanque de combustible.

La rabia le ahogó.

—¿Cómo se ha... atrevido a..., a hacerlo? —vociferó.

—No intente golpearme, teniente. Tenga en cuenta que mi revólver casi dispara solo. En cuanto a verter la mayor parte del combustible de su tanque... significa una elemental medida de precaución. El del *jeep* está casi lleno. Si se queda sin gasolina, le daremos un litro. De esta forma no caerá en la tentación de huir con el dinero. Naturalmente, su «Ford» es un coche muy veloz y yo lo he tenido en cuenta.

Fue ostensible que Benson se tragaba los insultos que pensaba dirigir al detective, aunque con gran esfuerzo.

Desde luego, Benson tenía que admitir para su fuero interno que O'Reilly

se había anticipado a sus propósitos, echando por tierra sus más íntimos proyectos. Porque sólo era una la verdad: el teniente contaba con emprender la huida en posesión de dos millones y medio de dólares, quedase atrás quien quedara.

—¿Nos guía, teniente? —preguntó

O'Reilly

con fina ironía.

Benson no contestó. Caminó hasta su coche, se introdujo en él, maniobró en el camino para dar la vuelta y frenó bruscamente a la altura del *jeep*.

—No olviden una cosa: debemos impedir que *miss* Bannis llegue a Denver. De modo que abran bien los ojos y avisenme si la ven. Lo demás es cosa mía, no se preocupen —dijo. Y añadió, al advertir que las facciones de McGee se tomaban de color terroso—: Para ser un ladrón, es usted demasiado escrupuloso, sargento.

La polvareda que elevaron las ruedas del coche de Benson hicieron toser a McGee, ahogando las maldiciones con que el sargento se disponía a responder.

* * *

Ante el ventanal del salón, mirando a través de los visillos, estaba el apuesto John Jordan.

Se trataba de un joven de unos treinta años, delgado y rígido,

que vestía con cierta ridícula elegancia, si bien en general su aspecto era pulcro y aceptable, aunque un tanto arcaico.

Carol cruzó el salón sin reparar en él, distraída y trastornada por los recientes acontecimientos.

—¡Eh, qué...! —tartamudeó Jordan, escandalizado y confuso. Y al fin consiguió gritar, cuando ya la joven penetraba en la biblioteca —: ¡Carol! ¿Es..., es posible que no hayas reparado en mí?

Pero ella no se volvió, por lo que Jordan corrió en pos de ella. Sus pasos eran rígidos, carentes de agilidad.

George Bannis se volvió hacia su hija en aquel momento, con el teléfono pegado al oído.

—Al fin —suspiró, aliviado—. Me has dado un gran disgusto, Carol. Creo que a partir de hoy tendré que dedicar más tiempo a tu educación, hija. Créelo: no puedo consentir que me desobedezcas ni que lleves esa clase de vida bohemia excesivamente libre. No permitiré tampoco que vuelvas a salir con Wallace. Y ahora, aguarda, hija. Estoy hablando con el capitán Harrison.

Carol se mordió los labios. No venía a casa como la ovejita paciente y resignada que su padre podría figurarse. Por lo demás, la presencia de Jordan en su casa, terminaba por colmar la medida de su propio mal humor.

En el pasillo, Jordan esperaba con un cesto de reproche en su perfecto y recién afeitado rostro.

—Temí no poder verte esta tarde, Carol —dijo. Y al observar el airado gesto de la muchacha, se avino—: En fin, lo importante es que hayas vuelto. ¿Vendrás a la fiesta?

—Lo siento, John. Sí, sí, sé que eres muy amable y considerado conmigo. Pero no podré ir al rancho —respondió, esforzándose en ser cortés.

—Pero, Carol, pequeña —insistió Jordan, meloso—. Considera que mis padres te esperan. Están ansiosos por conocerte desde que les insinué que tú y yo...

—Espero que no te hayas atrevido a comunicarles nada decisivo, John —dijo ella, altiva.

—Bueno, yo... Pensé, abrigué la esperanza de que pudieras llegar a... amarme, Carol. Y mis padres te aceptarán sin reservas, pues yo... Bien, conocen a tu padre y tienen gran confianza en mí.

—Conozco a los Jordan —murmuró ella, cáustica—. Exigen un

currículum completo incluso a los vendedores que llaman a su puerta. Escucha, John: será mejor que estén las cosas claras entre tú y yo. No te amo. De modo que imaginar una boda, sería algo grotesco.

El rostro de Jordan adquirió el color de la grana. Carol se disponía a dirigirse a sus habitaciones, cuando le detuvo la voz de su padre:

—¡Carol!

Volvió sobre sus pasos. No necesitaba ver la expresión de su padre para saber que algo terrible acababa de ocurrir.

—¿Sí, papá?

—Acabo de recibir noticias muy graves. El fiscal me encarga que le represente en el acto del levantamiento de los cadáveres de dos policías muertos en acto de servicio. Pero el asunto es mucho más grave. No tengo tiempo para hablar contigo seriamente, hija, pero debes saber una cosa: Larry Wallace es buscado ahora mismo por el asesinato de cinco personas. Debo pedirte algo: permanece en casa, no contestes a ninguna llamada telefónica, ni abras la puerta. Prométemelo, Carol.

—Está bien, papá —respondió la joven con un hilo de voz.

—¿Puedo saber lo ocurrido? —preguntó Jordan, con exquisita cortesía.

—Sí, creo que tienes derecho a ello, John. Un tipo llamado Wallace se ha aprovechado de mi hija para cometer un atraco en la mayor impunidad. Veo tu gesto escéptico, hija, pero debes creerme. Wallace te llevó a Snow Creek con el único fin de que le sirvieras de pantalla, ¿comprendes? Por fortuna, la policía no tardará en encontrar a ese asesino. Pero tú, Carol, habrás sido la causa de que el deshonor caiga sobre el apellido Bannis.

—¡Papá, no puedes decir eso! —protestó Carol, sin poder contenerse.

—Calla —ordenó Bannis, dominándose con un esfuerzo—. Aún no he terminado de hablar: me pediste ayer que influyera en el juez Donovan para conseguir que Wallace fuera puesto en libertad. Naturalmente, todo ello se sabrá en el proceso y el fiscal Chandler me recriminará justamente. Por si no fuera bastante, muchas personas han visto a mi hija en compañía de ese forajido...

—Larry no es ningún asesino. ¡Lo sé! Y él podrá demostrarlo. Yo

misma... —exclamó fervorosamente Carol.

Su padre la cortó con un gesto autoritario.

—Será mejor que te encierres en tu habitación, Carol —ordenó con voz desprovista de todo afecto—. Wallace es el responsable de cinco asesinatos cometidos con la mayor sangre fría. Ojalá la policía le encuentre pronto. Es lo único que podemos desear. ¿Vienes, John? He de salir ahora mismo hacia el monte Evans.

—Por supuesto, señor Bannis, le acompañaré con gusto —respondió Jordan, obsequioso.

Carol les vio partir, sintiendo una tremenda angustia en el pecho. Sin embargo, no lloró. Estaba dispuesta a seguir su propio criterio en aquel asunto.

Entretanto, el ayudante del fiscal, Bannis, había sacado su coche del garaje y se disponía a partir.

Jordan, que le había seguido sumiso, introdujo la cabeza por la ventanilla y preguntó:

—¿Puedo acompañarle, señor Bannis?

La sorpresa se reflejó en el rostro de Bannis.

—¿Crees que podrás resistirlo, John? Tendrás que presenciar el levantamiento de tres cadáveres carbonizados...

Jordan tragó saliva.

—A pesar de ello, me gustaría acompañarle..., al menos por unos minutos, señor. Es que... quisiera hablar con usted. A solas, señor.

—De acuerdo. Sube.

Bannis conducía ya hacia el sudoeste, cuando Jordan empezó a hablar.

—Sospecho que Carol ama a ese individuo, señor Bannis. Me refiero a Larry Wallace.

Las manos de Bannis apretaron con fuerza el volante.

—No sé qué pensar, aunque algo de eso es lo que temo. Espero que a Carol se le pase en cuanto esté convencida de que Wallace es un criminal detestable.

Jordan parecía ansioso por decir algo. Y lo hizo.

—¡Es necesario que detengan cuanto antes a Wallace! Y yo podría hacer algo al respecto.

—¿Tú, John? —exclamó Bannis, cada vez más sorprendido—. ¿Cómo?

—No olvide que poseo una fortuna personal cuantiosa, señor Bannis, aparte de los millones que heredaré de mis padres. Puedo hacer muchas —cosas: por ejemplo, contratar a todos los investigadores privados de la ciudad para que cacen a Wallace. También puedo ofrecer cien mil dólares de recompensa a la persona que facilitó información suficiente para detener a Wallace. Ocho empresas de televisión dependen de la familia Jordan y su fortuna. ¿Cree ahora que puedo hacer algo, señor?

—Evidentemente —repuso Bannis, entre humillado y nervioso.

—En tal caso, no esperaré un segundo. Hablemos claro de una vez, señor Bannis: amo a Carol, la quiero para mí. Por eso no descansaré hasta saber que Larry Wallace está en la prisión o... muerto —pronunció Jordan con tal seguridad que Bannis tuvo que sorprenderse una vez más.

CAPÍTULO IX

Nelson Davis recibió la noticia a través de la pantalla de su televisor.

De repente se sintió enfermo. No quería creer aquella noticia, pero el locutor de televisión seguía dando detalles sobre el atraco a la furgoneta blindada del Denver Bank.

Hablaba en aquel momento sobre el macabro hallazgo de los restos humanos en las estribaciones del monte Evans. Al parecer, los bomberos del servicio forestal habían llegado a tiempo de encontrar tres cadáveres semicalcinados.

—Conseguido la identificación de dos de ellos. Las medallas son de acero inoxidable y no se fundieron. Una de ellas lleva inscritos los siguientes datos: Richard Davis, nacido...

Un sollozo profundo y desgarrador escapó de entre los labios del millonario Davis.

—¡Dick muerto..., carbonizado!

La voz del locutor atronaba sus oídos.

—Según parece, se trata de Larry Wallace, un joven con antecedentes policiales. Según el boletín que tengo en mis manos, la policía logró detenerle, pero Wallace aprovechó un descuido de sus vigilantes para escapar. Centenares de policías le buscan ya, sin tregua. Es posible que en nuestro próximo boletín informativo podamos darles la noticia de la detención de este peligrosísimo delincuente, con lo cual muchos ciudadanos podrían dormir tranquilos esta noche. Los medios policiales...

Nelson Davis se alzó de su sillón, tan pálido que impresionaba.

Se sentía débil y enfermo, él que siempre se había considerado un hombre de hierro, incapaz de experimentar la menor flaqueza.

Fue al teléfono, descolgó el auricular y marcó el número

correspondiente a Steve Brown, el hombre que se ocupaba de sus asuntos legales, uno de los abogados más prestigiosos del estado de Colorado.

—Steve, han asesinado a mi hijo —murmuró apenas con un hilo de voz—. El hombre que lo ha matado, ha tratado, además, de convertirlo en cenizas, y se llama Larry Wallace.

—Lo sé, señor Davis. He estado viendo la televisión y apenas podía dar crédito a mis sentidos. Precisamente, me disponía a llamarle para...

—¿Para darme el pésame? —gritó violentamente el millonario—. ¡No quiero pésames! Ahora sólo siento odio, Steve. Soledad y odio. Quiero que averigüe quién es Wallace. Ahora mismo. Y después... ¡Vamos a remover la ciudad y el Estado, si fuese preciso! Pondré en juego mi fortuna y mi prestigio, ofreceré medio millón de dólares al que entregue a Wallace. ¡Pero si le matan inmediatamente me sentiré mil veces más tranquilo!

Colgó el teléfono y se dejó caer sobre un sillón. Apenas respiraba y su corazón latía desordenadamente.

Nelson Davis se había derrumbado física y moralmente. Ahora no tendría a Dick ya. Quizá, sólo su recuerdo.

Una vida así no valía la pena.

A las ocho y cuarto, Larry Wallace comenzó a experimentar un intenso nerviosismo.

El *jeep* de McGee no había regresado a la estación de policía; tampoco el «Ford» *beige* de Phil Nelson.

La inquietud le obligó a encender otro cigarrillo. Normalmente, Wallace no fumaba más allá de diez o doce cigarrillos diarios, pero hoy...

Había dirigido algunas incursiones hasta la cervecería próxima. No le había hecho mucha gracia comprobar que cada diez minutos su efigie ocupaba la pantalla del televisor.

Incluso dentro del coche seguía oyendo los continuos boletines informativos de la cadena de televisión.

Fumaba ansioso del cigarrillo cuando resonó el timbre del teléfono.

Descolgó y escuchó. La voz de Fordyce llegó hasta él, muy excitada.

—¡Wallace, Wallace!

—No grite. Le oigo perfectamente.

—¡Y lo dice tan tranquilo! ¿Es que no sabe en la clase de lío que se ha metido? No fue muy claro en nuestra anterior conversación. Por eso no puedo saber qué diablos ha hecho para conseguir que más de doscientos policías le estén buscando y todas las cadenas de televisión estén pasando por sus pantallas una fotografía que servirá para que hasta un niño le reconozca.

—Algo he oído. Pero no hay que alarmarse. Conseguiré el dinero, esté tranquilo. Y con ello...

—No creo que esté al corriente, de las últimas noticias, Larry. Y crea que estoy asustado. Pienso que quizá hemos ido demasiado lejos. Escuche: un individuo llamado John Jordan ha ofrecido cien mil dólares de recompensa por usted. Pero eso no es nada comparado con la oferta del millonario Nelson Davis: entregará medio millón de dólares a la persona que facilite información sobre usted. ¿Se da cuenta, Larry? ¡Ofrecen seiscientos mil dólares por su cabeza!

Wallace se inmutó. Entretanto, Fordyce seguía hablando, incontinente.

—Creo que no comprende exactamente su actual situación, Larry. Ahora mismo, docenas de millares de personas estarán en la calle con la esperanza de reconocer a una persona: ¡usted! El que le denuncie o detenga se hará rico, ¿comprende en qué trampa está metido? Se verá perseguido por una verdadera jauría ávida de ganar dinero fácilmente. Creo que sólo tiene una solución, por el momento.

—¿Cuál?

—Ponga en marcha su automóvil y ocúltese en la cloaca más profunda y retirada. Y dese prisa. No dispone de mucho tiempo —aconsejó Fordyce.

Larry reflexionó un instante.

Estaba convencido de que corría un gravísimo peligro. Y todo gracias a la denuncia de Benson y sus secuaces.

—¿Está ahí, Larry? ¿Puede oírme? —insistió Fordyce.

—Claro que sí. Y ya he tomado mi decisión. No quiero huir como una rata asustada. En mi propia osadía está mi fuerza. Si no hago hoy lo que debo hacer, creo que jamás...

—¡Está loco, muchacho! No le obligo a tanto. Ocúltese. ¿Ha

pensado que cualquier persona honrada puede disparar contra usted sin previo aviso, sin ninguna responsabilidad?

—A pesar de ello, Fordyce. Voy a seguir mi plan —resolvió Wallace, decidido.

Colgó el teléfono y se pasó una mano nerviosa por los labios.

Se miró en el espejo retrovisor y comprendió que debía haber escuchado los consejos de Fordyce: aquel rostro, aquellos cabellos serían fácilmente reconocibles.

Poco después había tomado una decisión. Debía hacerlo ahora, porque quizá unos minutos más tarde no podría hacerlo.

Bajó del taxi, penetró en el drug y compró una maquinilla de afeitar y un estuche de hojas.

Un hombrecito se le quedó mirando, eh la puerta del establecimiento.

—¡Oiga, usted se parece a...! —chilló el individuo, descompuesto.

Wallace le derribó de un empujón y salió a la calle, consciente de que corría un gravísimo peligro: aquel hombre acababa de reconocerle.

Se disponía a penetrar en el taxi, pero lo pensó mejor. Atravesó la calzada cuando a sus espaldas resonaban los chillidos histéricos de aquel hombrecillo.

Cien metros más allá, Wallace cruzó de nuevo la calzada y volvió despacio, amparándose en los automóviles, hasta el lugar donde tenía estacionado su taxi.

El hombrecillo estaba rodeado por unas veinte personas y chillaba y gesticulaba como un poseso, señalando hacia el otro extremo de la calle.

—¡Lo vi, yo lo vi! ¡Era Larry Wallace, el asesino por el que ofrecen seiscientos mil dólares! ¡Huyó hacia allá! —se desgañaba.

El grupo se disolvió apenas en unos segundos. Porque todos en Denver ansiaban ganar fácilmente aquella enorme cantidad de dinero que ofrecían por el pellejo de un hombre llamado Wallace.

Por su parte, Larry alcanzó el taxi y respiró, sofocado, durante unos minutos. Al otro lado de la calle se había formado un regular tumulto y las gentes gritaban y registraban las viviendas y negocios de la zona.

Inmediatamente, Larry tomó una decisión: debía raparse el

cráneo. Era la única solución para evitar ser identificado de un momento a otro.

No fue fácil, sino muy doloroso. Pero quince minutos más tarde, Wallace pudo contemplar su cráneo redondo y brillante, absolutamente rasurado y cubierto de finos rasguños.

Hizo un montón con sus cabellos y los metió en una bolsa de plástico que guardó detrás del taxímetro. Luego, con la ceniza del cenicero, hizo una pasta con saliva y se untó el cráneo hasta conseguir ennegrecerlo.

Estaba limpiándose las manos con una franela cuando el *jeep* se detuvo al otro lado de la calle.

Larry se escurrió en el asiento. Justo en aquel instante, el «Ford» *beige* cruzó ante él a escasa velocidad y aparcó a la izquierda, en la misma hilera donde se encontraba el taxi de Wallace.

Vio bajar al teniente Benson, que se inclinó a un costado de su automóvil y luego rodeó el vehículo, agachándose al otro lado. ¿Qué estaba haciendo?

Desde el «*jeep*», McGee,
O'Reilly,

Graham y Garfield contemplaban los movimientos de Benson con gran atención.

Sonó un silbido apagado. Y otro...

Benson cruzó la calle, habló unas palabras con el «cop» que vigilaba a la entrada de la estación policial y desapareció en el edificio, mientras el *jeep* penetraba en el garaje.

Larry miró el «Ford» de Benson profundamente intrigado.

Encendió un nuevo cigarrillo, bajó cautelosamente del taxi y paseó por la acera, con aire indiferente.

El «cop» de la estación policial vigilaba sin perder de vista un momento el coche de Benson.

Larry pasó ante el «Ford», mirando por el rabillo del ojo. Y comprobó aquello que le intrigaba: las cuatro ruedas del automóvil estaban en el suelo, acribillados los neumáticos a cuchilladas.

Volvió despacio sobre sus pasos, a pesar de la tensión que envaraba sus músculos. Entró en el coche, aplastó el cigarrillo en el cenicero y reflexionó.

—¿Por qué inutilizar cuatro neumáticos nuevos? —se dijo—. ¡Es absurdo!

Absurdo..., excepto si se trataba de impedir que alguien utilizara el coche. Larry saltó sobre el asiento, lleno de sorpresa.

—¡Claro, es el dinero! Benson guarda el dinero en su automóvil. Ha encargado al «cop» que no pierda de vista su coche, y para más seguridad, ha rajado los neumáticos.

¿En qué parte del coche estaba escondido el dinero? Sólo había una suficientemente discreta y capaz: el maletero.

La idea le tentó: ¿por qué no apoderarse del dinero? Podía ser la jugada cumbre. Pero ¿sería fácil?

Recordó a Jim Forham. Para Forham, escamotear aquel coche sería un juego de niños.

Apenas diez segundos después, Wallace pedía comunicación a la operadora. Al cabo, una voz gruesa y aplomada resonó en el auricular.

—Forham, Chatarras... ¿Qué se le ofrece?

—¿Es que no has reconocido mi voz, Jim? Soy Larry Wallace.

—¡Larry! —El asombro vibraba en la voz de Forham—. ¡Dime que no estoy loco! ¿Qué ha ocurrido, Larry? Tu rostro aparece cada cinco minutos en la pantalla del televisor. Dicen cosas horribles de ti...

—No chilles, por favor. Y no te preocupes por el televisor. Necesito tu ayuda, Jim. ¿Tienes alguna grúa disponible?

—Pero, Larry, el televisor... Está bien, no haré preguntas. No tengo ninguna grúa. Las mías están todas alquiladas. Aunque...

—¿Sí?

—He comprado un viejo camión grúa a Cord Terre. No sé si funcionará muy bien, pero... ¿de qué se trata?

—Tengo un coche con los neumáticos rajados. Por desgracia, no dispongo de las llaves y el trabajo habría de ser realizado con gran rapidez y discreción. ¿Te atreverías a hacerlo, Jim?

—Adivino por tu tono que se trata de algo peligroso, Larry. Pero a ti no puedo negarte nada: te debo demasiado. Yo mismo llevaré la grúa... si el motor arranca. ¿Dónde está el coche?

Wallace se lo dijo. Y añadió algunas instrucciones complementarias.

Quince minutos después, Forham aparecía conduciendo el camión grúa. El gran «GMC» se estacionó ante el «Ford» de Benson, tapándole por completo.

Coincidiendo con ello, un tambaleante individuo se aproximó a la estación de policía y reclamó la atención del agente de guardia.

Entretanto, Wallace ayudaba al fornido Jim Forham a pasar unos gruesos cables de acero por debajo de la carrocería del «Ford».

Fue algo visto y no visto. Desde la cabina de la grúa, Jim movió una palanca y el «Ford» ascendió y fue depositado sobre la gran caja del camión grúa.

—Adelante —susurró Wallace.

El camión grúa y el taxi de Wallace se pusieron en marcha al mismo tiempo.

Para entonces, al «borracho» que distraía al «cop» debieron pasársele los efectos de la borrachera, porque inclinándose muy fino ante el agente, dijo:

—Disculpeme, debo asistir aún esta noche a una despedida de soltero: la mía. Buenas noches. —Y desapareció a la carrera.

El «cop» se rascó la nuca, perplejo. Y al volverse, comprobó que el «Ford» de Benson había desaparecido como por arte de magia.

La grúa se alejaba calle adelante, a gran velocidad.

* * *

El capitán Harrison colgó el teléfono, resopló, buscó un pañuelo en su bolsillo y se enjugó el sudor.

Desde luego, para Harrison no eran aquellas malditas complicaciones. Harrison no había nacido para resolver complicados enigmas.

Sin embargo, ahora las cosas parecían aclararse un tanto. Porque los

G-Men

iban a ocuparse del maldito atraco y las subsiguientes complicaciones.

—Excelente, excelente —murmuró, aliviado. Y llamó a Benson.

—¿Tiene el informe redactado? —preguntó en cuanto éste penetró en su despacho.

El teniente dejó unas hojas mecanografiadas sobre la mesa.

—Me he reventado para terminarlo, capitán. Y supongo que este maldito y enrevesado asunto no nos permitirá descansar un rato, después de...

—Serénese, Benson. Comprendo su mal humor. Tampoco a mí me gustan las complicaciones. Por fortuna, acabo de recibir una llamada de la oficina federal. El FBI va a ocuparse del caso.

Benson dejó escapar un suspiro. Quizá en otra ocasión se hubiera sentido humillado y rabioso por la intromisión del FBI. Pero ahora...

—¿Cómo es posible? —preguntó, disimulando su satisfacción.

—El dinero que transportaba la furgoneta blindada del Denver Bank estaba destinado al Banco Federal de Reserva. Prácticamente, dependía ya de los federales, con que santas pascuas. Los del FBI sólo exigen un informe detallado y documentado.

Benson señaló rudamente las hojas mecanografiadas.

—Ahí está todo lo que sabemos. Falta el informe del forense. Por lo demás, ¿quién se atrevería a pedimos más? Hemos resuelto el caso en menos de seis horas. Sabemos que el dinero está inutilizado, incinerado. Y tenemos al responsable: Larry Wallace. Es lástima que haya escapado, pero ¿cuántas horas podrá seguir en libertad antes de que lo atrapen?

—Está bien —dijo Harrison, frotándose las manos—. Celebro que podamos sacudimos el caso. Eso es todo, Benson; pueden marcharse a descansar. Yo lo haré dentro de unos minutos. Estoy fatigado.

Benson sonrió, despectivo. Harrison fatigado... ¡sin moverse de su cómodo despacho!

Finalmente, Benson se despidió del capitán y salió. En la brigada aguardaban McGee y los otros. Todos ansiosos, todos expectantes.

—Asunto resuelto —explicó Benson, de buen humor—. El FBI reclama el asunto para sí, por lo que quedamos relevados del caso. Ciertamente mañana nos molestarán los federales con sus preguntas. Pero nosotros sabemos lo que tenemos que hacer: repetir exactamente el relato de mi informe.

—De acuerdo, pero ¿qué esperamos? —Gruñó O'Reilly, impaciente—. Firmemos y salgamos.

El sargento de guardia les ofreció el libro y pasó un recado a Benson.

—Picker quiere hablar con usted. Y es urgente, teniente.

—¿Picker?

—El agente de la puerta. Creo que han robado su coche, teniente —agregó el sargento.

Benson murmuró una maldición y escapó hacia la puerta, a la carrera. Sus camaradas no tardaron en seguirle, con la misma urgencia, ante la estupefacción del sargento de guardia y del operador de radio.

En la calle, Benson contempló, incrédulo, el espacio vacío donde había estado su coche.

Picker estaba hablando, hablando y hablando. Pronunciaba palabras de disculpa sin cesar.

Benson le hubiera abofeteado de buena gana. Pero debía disimular y tragarse su rabia.

—¿Qué diablos...? —Se atragantó O'Reilly, llegando junto a él.

—Nada —gruñó Benson—. Han robado mi coche. Pero ¿qué importancia tiene eso? En Denver desaparecen centenares de automóviles cada día.

McGee se atragantó. Graham gruñó una maldición y Garfield rechinó los dientes.

Los cuatro tuvieron que seguir apresuradamente los pasos de Benson, que había penetrado en la estación y hablaba con el sargento de guardia.

—Han robado mi coche —explicaba ya el teniente—. Diga al capitán que voy a utilizar uno de los automóviles sin identificación. Picker dice que se lo llevó una grúa y quiero aclarar el asunto ahora mismo.

—Muy bien —accedió el sargento—. Pueden bajar al garaje.

Los cinco hombres se lanzaron hacia la escalera, empujándose para llegar antes.

En el garaje,
O'Reilly
detuvo a Benson.

—¿Ha reparado en lo que dijo Picker? —preguntó, anhelante.

—Oí lo que dijo Picker —rezongó Benson, ácido—. No retuvo el número de la matrícula del camión grúa pero sí pudo leer el rótulo: «Grúas Terrell». Y conozco al tipo. Terrell posee unas instalaciones en Ridway Street. Si me va a hacer perder el tiempo,

preguntándome si nos dirigimos allí, le diré que pienso arrancar el pellejo a tiras a Terrell si no vomita una explicación satisfactoria en cuanto me lo eche a la cara.

Subieron todos a un gran «Rambler» oscuro.

O'Reilly

conducía. Y sabía hacerlo muy bien. Sólo que ahora, dominado por la rabia y la ambición, estuvo a punto de colisionar con otro vehículo al acceder a la calle.

A las diez y media de la noche, el «Rambler» alcanzaba Ridway Street. Enfrente estaban los viejos hangares de la empresa Terrell.

Cord Terrell estaba aún en sus oficinas. Ni siquiera le permitieron dar explicaciones. Terrell era un hombre de unos cincuenta y ocho años, bajo y delgado, pero Benson no lo tuvo en cuenta.

Al cabo de unas cuantas bofetadas, Terrell fue arrojado sobre un sillón.

Los cinco policías le rodearon. Taladrado por aquellas miradas ansiosas, Terrell respondió a las preguntas de Benson.

—Ninguna de mis grúas ha salido de... los hangares... esta noche —murmuró el anciano, con los labios reventados y la respiración entrecortada—. No puede ser, a excepción de...

—¿De qué? —Gruñó Benson, a punto de estrangularle.

—Vendí... el más viejo de mis camiones a Jim Forham. No puedo explicármelo. Forham es un hombre serio y honrado. Siempre...

—Dirección de Forham —exigió Benson, implacable.

Ya iba a hablar Terrell cuando el teléfono zumbó sobre una mesita auxiliar.

Benson se adelantó, rápido, al movimiento instintivo de Cord Terrell y descolgó el aparato.

—¿Qué demonio...? —gritó al micro.

—Él demonio es usted, Benson. Apuesto a que han estado golpeando al pobre Terrell. Y lo mismo se proponen hacer con Forham...

—¡Wallace! —rugió el teniente, cambiando de color—. ¿Me equivoco al suponer que está usted relacionado con el robo de mi coche?

—Ajá... ¡Caliente, caliente! —Vibró, burlona, la voz de Wallace.

—¿Qué se propone? ¿Dónde se encuentra?

—Adivina, adivinanza —respondió Wallace, zumbón—. Estrújese el cerebro, teniente. Pueden ayudarle el sargento McGee y compañeros mártires. La verdad es que decidí apoderarme de esos dos millones y medio, puesto que ustedes me habían acusado del atraco y... de algo más. Al fin y al cabo, según han declarado ustedes, yo quemé el dinero; luego, no existe.

—Wallace, Wallace, será mejor que lo piense —estalló Benson, con voz tremante—. Yo le juro que no podrá escapar con el dinero.

—¿Qué se apuesta? Será inútil que vayan hasta la chatarrería de Forham: sólo podrán comprobar que alguien ha destrozado una puerta y robado un camión grúa. He oído decir que los del FBI van a investigar el caso. Y lo harán de firme, sin dejarse atrás un solo dato.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó Benson, atónito.

—Oh, tengo buenos informadores —rió Wallace.

Benson respiró hondo. De reojo, miró a sus cómplices.

—Busquen otro teléfono —ordenó, tapando el micro para que Wallace no pudiera escuchar—. ¡Hay que averiguar desde dónde llama Wallace!

Graham y Garfield alzaron a Terrell del sillón y se lo llevaron en volandas.

En aquel momento resonó la voz de Wallace en el auricular.

—¿Trata de situarme, Benson? Vamos, hombre, no sea estúpido. Voy a cortar ahora mismo la comunicación. No podrá encontrarme.

—¡Espere! —bramó el policía—. Podemos llegar a un acuerdo, muchacho. Sé que nos comportamos mal con usted, pero...

—Hay una forma de llegar a un acuerdo. Confiesen públicamente la verdad. Declaren ante el fiscal que ustedes asesinaron a Dick Davis y a sus amigos, confiesen que lo hicieron por el dinero, confiesen que...

—¡Váyase al diablo, Wallace! Le encontraré, lo juro. Y entonces...

La carcajada de Wallace hirió el oído de Benson, que aún siguió despotricando amenazas hasta convencerse de que la comunicación había quedado cortada.

Garfield y Graham regresaban entonces.

—No hay otro teléfono —gruñó Garfield, irritado.

Benson dejó que el aire contenido a presión en sus pulmones saliera con un silbido desagradable.

—No puedo explicármelo —murmuró para sí—. Wallace escapó de Snow Creek y consiguió llegar a Denver. ¡Está aquí, en la ciudad! E incluso tuvo la tremenda osadía de robar mi coche, con dos millones y medio de dólares en el maletero. Ahora... sólo me importa ese dinero. Y está en poder de Wallace. Tenemos que encontrarlo.

McGee escupió en el suelo.

—No me gusta. Wallace no parece el muchacho fanfarrón, engreído y estúpido que yo imaginaba. Todo esto...

—¿Es que va a volverse atrás, McGee? —gritó

O'Reilly,
furioso.

Graham y Garfield contemplaban a McGee con fijeza. Tal vez calculaban la cantidad en que se vería incrementada su parte del botín si el sargento renunciaba a la suya.

—Serenémonos —propuso Benson—. Creo que Wallace hablaba a través de un radio teléfono; conozco ese leve zumbido que produce la emisora al transmitir mensajes telefónicos. ¡Estoy seguro! Y si ha utilizado un radio teléfono, eso significa que dispone de un coche. Por eso ha podido escapar hasta ahora, ¿no lo comprenden?

O'Reilly

se volvió de un brinco nervioso.

—¡Es inconcebible! —estalló—. ¿Cómo puede haber conseguido un coche con radio teléfono un hombre que tiene tras sus huellas a toda una ciudad?

—No lo sé... ahora —farfulló Benson, irritado—. Pero hay una forma de averiguarlo todo.

—¿Cómo? —preguntaron a una

O'Reilly,

Graham y Garfield. McGee parecía haberse desinteresado del asunto.

—No olvidemos que somos policías —dijo el teniente, incisivo—. Prácticamente, podemos considerarnos de servicio. Llamaré a la compañía telefónica y pediré que me den la matrícula y posición aproximada del automóvil desde el que acaba de llamar Wallace. El

resto... ¿necesito explicarlo?

CAPÍTULO X

El taxi se detuvo en Bradford Row.

Eran las doce de la noche. El aire no se movía, pero la temperatura era muy agradable.

Muy cerca estaba el Colorado Stadium, donde se celebraba a aquellas horas un interesantísimo combate de boxeo.

Wallace dejó el taxi en el aparcadero y fue caminando despacio hasta una de las puertas de acceso.

Habló unas palabras con uno de los porteros. El empleado habló con el jefe de personal.

—Descuide. Le avisaremos ahora mismo.

Jim Forham apareció diez minutos más tarde. Había abandonado su cómoda silla de pista y no parecía de buen humor.

Al distinguir la elevada figura de Wallace, Forham tiró el cigarrillo y se aproximó.

—¿Otra vez, Larry? —preguntó, impaciente—. ¿De qué se trata ahora?

—Te necesito, Jim. Naturalmente, puedes negarte... Porque te aseguro que si me acompañas esta noche, tu vida correrá un grave peligro —anunció Wallace, tomándole por un brazo y saliendo a la calle.

Desde donde se encontraban podían escuchar los gritos ensordecedores de la multitud que presenciaba el combate de boxeo.

Forham se volvió hacia la entrada, entre nervioso e impaciente, y movió la cabeza.

—Estás loco, Larry. ¿Dices que me propones algo más apasionante que esa pelea? —preguntó.

—Así es —afirmó Wallace—. Pero quizá no tenga derecho a

pedirte que...

Forham le detuvo.

Era un hombre de unos treinta y cinco años. Alto y membrudo, de buena planta.

Wallace le conocía bien. Sabía, por ejemplo, que Forham había sido un excelente peso pesado, diez años atrás.

Pero cuando el «sindicato» le tomó entre ojos, las cosas comenzaron a irle de mal en peor.

—Tienes todo el derecho, Larry —confesó Jim, mirándole a los ojos—. Aún no te he pagado una centésima parte de lo que tú hiciste por mí. Si poseo un negocio, si conservo la piel y la apreciación de muchas personas, te lo debo a ti. Tú me libraste de las garras del «sindicato», tú te dejaste balear por mí.

—No nos pongamos sentimentales, viejo —rió Jim de buena gana—. Sé que el corazón se te va por los labios y tal vez yo esté aprovechándome de ello. Si quieres pasar un rato emocionante y divertido, acompáñame. No voy a negártelo: corres un gran riesgo al venir conmigo. Elige: o sigues viendo esa pelea o vienes conmigo a presenciar otra clase de lucha. ¿Qué decides?

—¿Necesitas preguntarlo? Vamos allá —resolvió Forham.

Larry le sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta y encendió uno.

—Muy bien —respondió—. Acompáñame... Tengo el coche muy cerca.

Subieron al taxi de Wallace y abandonaron la zona de Bradford Row.

El vehículo se detuvo poco después ante un establecimiento de Pickford Lane, donde se expendían cócteles.

Wallace llevó a su amigo a la cabina telefónica, marcó un número y tendió el aparato a Forham.

—Pregunta por el teniente Benson. Seguramente te responderán que no se encuentra en la estación de policía. Entonces reclama que se le envíe un mensaje por radio. Las palabras que pronunciarás son éstas: «Tim Forham necesita hablar urgentemente con Benson. El número de teléfono es éste: 848 - 73 - 54».

—Pero ese número es... ¡el de este teléfono! —exclamó Forham, estupefacto.

—Detalle que entra en mis planes. ¡Habla ahora!

Impelido por sus palabras, Forham tomó el auricular e hizo lo que Wallace le pedía. Un minuto después colgaba.

—Han prometido enviar un radio mensaje a Benson. ¿Qué hago ahora? —preguntó, indeciso, Jim.

—Nada. O mejor dicho: tomar una copa aquí mismo. Benson llamará dentro de unos minutos —respondió Wallace.

En la barra, Forham probó un sorbo de su combinado y aprobó con un movimiento de cabeza.

—¿En qué clase de lío estás metido, Larry? Siempre has sido un tipo extraño, capaz de hacer las cosas más raras, pero...

Larry rió de buen humor.

—Algo de todo eso sabrás esta misma noche. El resto es mejor no conocer historias que sólo acarrear preocupaciones, Jim —respondió Wallace, enigmático.

Dos jovencitas se aproximaron a la barra. Una de ellas, dulzona, apoyó una mano sobre el duro hombro de Forham.

—¿Solos, muchachos? —preguntó, ingenua.

Wallace las miró con dureza.

—Largaos —dijo.

—Oye, pero... —protestó Forham, propicio al juego de las lindas jóvenes.

—Largaos —repitió Wallace.

Y las dos muchachas se separaron de ellos, de mala gana.

Un camarero se les acercó en ese momento.

—¿Señor Forham?

—Sí, soy yo —respondió Forham, disgustado aún por la brusquedad de Wallace para con las chicas.

—Hay una llamada para usted. En la cabina, por favor.

Larry empujó a su amigo y juntos penetraron en la cabina.

—Toma el teléfono. Y atención, Jim: esto es lo que debes decir a Benson.

La voz de Wallace apenas era un siseo junto al oído de Forham. Luego Jim asintió, cogió el auricular y escuchó.

Cuando colgó, Wallace le contempló con fijeza.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Eso supongo. Benson parecía muy excitado. Pero aseguré que en veinte minutos estaría en mi almacén. Y ahora, ¿quieres explicarme...?

—¿Para qué? Toma un taxi y vuelve al Colorado Stadium a ver ese combate de boxeo.

—Pero tú me dijiste...

—Ya has cumplido. Has dicho a Benson que yo te robé una de tus grúas a punta de pistola, que te obligué a transportar ese «Ford» hasta tu almacén y que te he tenido maniatado desde entonces... Todo está a punto, Jim. Podrías acompañarme, pero no es necesario. Te expondrías sin necesidad.

—Pues... me expondré sin necesidad —repuso impetuosamente Forham—. Si te he servido como portavoz, también puedo servirte como testigo, en el mejor de los casos. Vamos, termina tu cóctel Larry.

Sin haber probado su vaso, Larry le empujó hacia la salida. Al fin y al cabo, el cóctel solo era una excusa.

El almacén de chatarra de Jim Forham estaba en Nashville Road; es decir, los arrabales del sur de Denver.

Mientras se acomodaba tras el volante del taxi, Wallace calculaba el tiempo que Benson emplearía en trasladarse hasta allá. En cualquier caso, era necesario llegar antes que los policías.

La puerta del viejo almacén, destrozada, sólo era una excusa, encaminada a proteger a Forham de cualquier responsabilidad.

El taxi penetró en el almacén y se detuvo junto a los cobertizos.

El «Ford» *beige* de Phil Benson estaba allí. Bajaron y se dirigieron a la polvorienta oficina de Forham.

Jim encendió la luz y Wallace aprobó con un gesto, tras una larga mirada al local. Tras lo cual, Forham se puso a pasear de un extremo a otro de la oficina.

—Supongo que me habrás asignado un papel en todo esto, Larry —insinuó, al cabo.

—Desde luego. Escóndete tras esos fardos de papel; es el mejor sitio. Por lo demás, espero que todo vaya bien. Pero si algo va mal, aguántate ahí —respondió Larry.

Jim asintió con un gruñido. Wallace sabía que su amigo detestaba esconderse. Pero también era cierto que Forham era suficientemente razonable para obedecer sin rechistar.

Wallace se sentó en una desvencijada silla de hierro y esperó.

La noche, calmosa, no dejaba oír más ruidos que los lejanos y apagados que provenían de la ciudad.

Al fin, se oyó el rumor, próximo, de un escape. El sonido volvió a producirse una y otra vez. Pero el gran portalón destrozado seguía vacío, ausente de todo movimiento.

Con gran cuidado, Wallace se incorporó lentamente.

Transcurrieron los minutos. Al cabo, un coche oscuro penetró con los faros apagados a través del portalón.

Se oyó el chirrido de unos frenos. Algunas siluetas difusas abandonaron el vehículo y avanzaron hacia el cobertizo.

Phil Benson fue el primero en distinguir la silueta de Wallace. Una bombilla arrojaba un chorro de luz sobre Larry.

—¡Quieto! —bramó Benson, apareciendo ante Wallace de un salto.

—Estaba quieto, teniente —respondió Wallace, con pasmosa serenidad.

Wallace quedó rígido, con los ojos desorbitados, paralizado por la sorpresa.

Detrás de Benson, McGee penetró en el cobertizo. Movía la cabeza continuamente y murmuraba sin cesar:

—No me gusta... ¡No me gusta todo esto!

O'Reilly

le hizo callar de un codazo.

Detrás, cautos como comadreas, penetraron Graham y Garfield.

Wallace les observó a todos de un vistazo.

Graham, con las prisas, había olvidado su metralleta.

Sin embargo, tampoco era necesario. Porque Benson, como los demás, tenía su revólver en la mano. Y no perdía de vista a Wallace ni un solo segundo.

—Hemos acudido a la cita, Wallace —dijo Benson, mirándole con curiosidad—. Porque supongo que el recado de Forham era obra suya.

—Así es.

—Perfecto. Vaya ahora hasta la pared y apoye sus manos sobre ella. ¡De espaldas! —ordenó Phil Benson.

—No acabo de creerlo —respondió Wallace, obedeciendo con la mayor lentitud—. Toda la plana mayor de la policía de Denver reunida en una chatarrería. Y todo por algo tan poco importante como... dos millones y medio de dólares. Adivino que en su vida se han esforzado tanto por cumplir un... digamos servicio. Aunque sea

un servicio tan... personal.

Las facciones de Benson se crisparon.

—Obedezca, Wallace. Vaya a la pared o le clavaré dos balazos —gritó el teniente.

Wallace obedeció, aunque sin prisa.

—¿Matarme? —se burló—. Eso sería estúpido. Porque muerto yo, ¿cómo encontrarían el dinero?

Instintivamente, los cinco policías dirigieron una fugaz mirada al «Ford» *beige* de Benson.

—Eso es fácil —gruñó éste—. Pero ahora será mejor que apoye las manos sobre la pared.

Wallace se volvió y apoyó sus dedos sobre el muro de bloques de hormigón.

Inmediatamente, Benson cayó sobre él, le hundió una rodilla en los riñones y tiró de sus tobillos con la puntera de su pierna izquierda hasta que Wallace estuvo colocado en difícil situación.

Rápidamente,
O'Reilly
le cacheó.

Parecía desilusionado cuando se volvió hacia los demás, y dijo:

—No lleva armas.

Como obedeciendo a un reflejo, Graham se abalanzó sobre Wallace e intentó golpearle con el cañón de su revólver.

Con rapidez sorprendente, Wallace giró sobre su cintura y le golpeó en el hígado.

El golpe debió ser terrible, porque Graham que era un hombre muy robusto, cayó pesadamente al suelo.

Antes de que
O'Reilly,

muy próximo, alzase el brazo para golpearle, Wallace levantó una mano en actitud conciliadora.

—Calma, calma, señores —exclamó, con asombrosa sangre fría—. No pienso dejarme dar otra paliza como la de Snow Creek. Piense a que si disparan sobre mí, ¡adiós a la gallina de los huevos de oro!

O'Reilly
quedó paralizado.

Y Benson, que se había dejado caer sobre una banqueta, parecía

muy divertido por la insolencia de Wallace.

Quizá por eso dejó escapar una larga carcajada, al final de la cual exclamó:

—La gallina de los huevos de oro, ¿eh? Vamos, Wallace, no seas estúpido. Para ser un vulgar hampón, has demostrado hasta ahora una inteligencia poco común. Confieso que admiro a los inteligentes. Y puestos así, no permitiré que mis compañeros te maten, es cierto. Quizá porque es un placer que me reservo para mí.

Viendo que Wallace conservaba la sonrisa a flor de labios, continuó:

—¿Has visto esa poderosa máquina hidráulica, Wallace? Me refiero a la compresora de residuos metálicos. Puedo convertir un automóvil en un dado de apenas cincuenta por cincuenta milímetros. Imagínate que te llevamos hasta uno de esos viejos automóviles, te encerramos maniatado dentro de él y te trasladamos hasta la compresora. Pasarías a formar parte, aunque impalpable, de un bloque de chatarra. Confieso que jamás he manejado una máquina como ésa, pero no debe ser muy difícil, ¿eh, O'Reilly?

Graham se puso en pie, murmurando reniegos. Parecía muy dispuesto a hacer picadillo a Wallace, pero Benson le detuvo con un gesto.

—No perdamos el tiempo de forma tan estúpida —propuso Garfield, al que sólo le interesaba el dinero—. Busquemos nuestro dinero, eliminemos a Wallace y marchémonos de aquí cuanto antes.

—Tiene razón —aprobó

O'Reilly.

Y caminó con Garfield hacia el «Ford».

Wallace les detuvo con un gesto.

—Es inútil que busquen en el coche. ¿Me consideran tan estúpido como para dejar el dinero ahí? Oh, no. Lo he guardado bien. No lo encontrarán.

Benson, McGee, Graham, Garfield y

O'Reilly

se volvieron hacia Wallace, atónitos.

Benson aplastó el cigarrillo bajo la suela de su zapato y se irguió, rabioso.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, encarándose a Wallace.

—Lo que acaban de oír. Pueden buscar en el coche, desguazarlo. Incluso destrozar o demoler el conjunto de estas viejas instalaciones. Pero no encontrarán el dinero. Yo lo guardé en lugar seguro. Y, créanlo, no voy a entregárselo por las buenas. Antes necesito...

—¿Qué? —preguntó Benson, sacando el revólver por segunda vez.

—Quizá lo consideren un capricho, pero así están las cosas: quiero una confesión. Plena y total. No para mí, que imagino aproximadamente lo que ocurrió en el monte Evans, sino para el juez. Ustedes me han convertido en un proscrito, en el enemigo número uno en este país, ¿no es cierto? Pues bien: no les daré el dinero hasta que confiesen —explicó Wallace.

Benson se aproximó muy despacio a él.

—Eres un pobre idiota, Wallace. Supones que vamos a hacer lo que pretendes, aunque una confesión así no te sirviese de nada. ¡Escúchame! —gritó, dominado por la ira—. Antes de quince minutos habrás confesado dónde se encuentran los dos millones y medio que nos robaste.

—¿Que les robé? —rió Larry—. Esto sí que es bueno. En cualquier caso, quien roba a un ladrón...

Exasperado, Benson elevó su revólver y disparó.

Wallace dejó escapar un gemido y cayó sobre el piso de tierra del cobertizo.

—¡Levántate, Wallace! —chilló el teniente, muy excitado—. ¿Creías que iba a matarte? No temas; sólo tiraré a matar cuando me hayas dicho dónde pusiste el dinero. Todo esto será lento, pero peor para ti. ¿Duele tu hombro, estúpido? Después, ahora mismo, te romperé el otro de un balazo. Y luego las rodillas y los codos. ¡Sí, sé muy bien cómo quebrantar al hombre más templado, Wallace! Seguiré disparando hasta que tus sufrimientos sean tan intensos que tú mismo llegarás a suplicarme que te mate.

Detrás de los fardos, Jim Forham sintió que un nudo insoportable se formaba en su garganta.

CAPÍTULO XI

McGee se precipitó, atolondrado, sobre Wallace.

La sangre que empapaba el fino suéter de Larry manchó sus manos. McGee se retiró aterrado.

—Habla, Wallace. ¡Habla o Benson te matará! Sé que es capaz de hacerlo —suplicó el sargento.

Larry se apoyó sobre el brazo izquierdo y se incorporó unos centímetros.

—No les diré nada antes de que hayan confesado toda la verdad —murmuró, pálido—. ¿Fue usted quien asesinó a Davis, sargento?

—¡No, no fui yo! —chilló McGee, histérico—. Yo sólo quería un poco de dinero. Pero ellos... ¡Fue Graham! El ametralló a Davis. Graham es un inadaptado, un ser anormal. En cuanto a Greene y al chico, Garfield y

O'Reilly

se encargaron del asunto. Pero yo no...

O'Reilly

le escuchaba, pálido de ira y de odio.

De repente, saltó sobre McGee y le golpeó a culatazos hasta que el sargento cayó a tierra, con los cabellos empapados en sangre.

—¡Cobarde, cobarde, mil veces cobarde! —Rugía

O'Reilly,

sin dejar de golpear al sargento, cuando ya el caído no podía hacer el menor movimiento por defenderse.

Wallace adelantó una pierna e hizo caer a

O'Reilly.

Veloz, agarró una barra de hierro y la dejó caer sobre el cráneo del policía, que rodó a tierra y quedó inmóvil.

Benson murmuró algo entre dientes, alzó el revólver y apuntó

con extremada atención.

Wallace cayó a tierra por segunda vez, gimiendo de dolor.

Cierto que la bala apenas le había perforado el muslo izquierdo, pero necesitaba hacer creer a Benson que el daño causado era mucho mayor.

Detrás de él, hacia los fardos de papelote, sonó un crujido.

Se sucedió un instante de tensión, de silencio.

Benson alargó el cuello. Graham y Garfield retrocedieron dos pasos, amedrentados.

Wallace pensó en Forham, oculto tras los fardos. Y pensó.

«¡Ese Jim! Es capaz de echarlo todo a perder».

Graham registraba ya, desconfiado, los montones de chatarra pesada.

—¡Es increíble! —exclamó Larry, simulando un humor que no sentía—. ¿Es que también temen a las ratas?

Sus palabras surtieron el efecto que esperaba. Benson rió a carcajadas nerviosas y Garfield le coreó.

—Vamos, vamos, Graham —apostrofó Benson—. No sea idiota. Estamos solos aquí. ¿Qué es lo que teme?

—Quizá a los fantasmas de las personas a las que asesinó —pronunció Wallace, volviéndose para observarle—. Porque usted mató a ese chico. Me refiero a Dick Davis, ¿es cierto?

Graham se revolvió con fiereza.

—¡Sí! —confesó, transformado su rostro en una máscara roja y tensa—. ¡Yo disparé contra Davis, yo le maté! Era el hijo de un millonario, pero se convirtió en un delincuente. ¡El, a quien sobraba el dinero! Davis era un atracador, un delincuente, simple basura.

—¿Qué diablos es esto? —gritó Benson, encolerizado—. ¿Un examen de conciencia?

—Usted lo ha dicho, Benson —respondió Wallace, sujetándose la herida del muslo para no desangrarse—. Graham se siente liberado ahora, después de confesar sus culpas. Ha confesado sus crímenes y su corazón se ha serenado, ¿no es cierto, Graham?

El policía le dirigió un puntapié a la cabeza. Por fortuna, falló y estuvo a punto de caer. Tras lo cual, Benson le apartó de un manotazo.

—¡Fuera! Yo me basto para hacer confesar a Wallace —exclamó. Y añadió, reflexivo—: Admito que nunca imaginé que fueras un

hombre tan valiente y entero, Wallace. Es lástima que no vaya a servirte de nada.

El revólver de Benson buscó la pierna derecha de Wallace. Con un objetivo: destrozar su rodilla de un balazo.

—Espere, teniente —le detuvo Wallace—. Usted también necesita un profundo examen de conciencia. He oído por ahí algunas cosas referentes a usted. No muy santas, desde luego. Protección de determinados negocios, clubs, garitos, apuestas y todo eso. También se le señala como socio de una cadena de prostíbulos bien organizados. Sin olvidar el soborno, el chantaje y otras porquerías por el estilo. Se habla de usted como de un hombre fuerte en los más bajos ambientes. ¿Es cierto? Si le digo la verdad..., jamás le consideré un hombre fuerte, Benson.

El teniente arrojó un escupitajo sobre el polvo. Y rió con una risa estridente y fuerte, brutal.

—¿No lo creíste, Wallace? Pues es la pura verdad, estúpido. Sólo que esos negocios jamás producen dos millones y medio de una vez, ¿comprendes? He hecho muchas cosas, sí. He ganado mucho dinero, lo he gastado a manos llenas e incluso he invertido algunas cantidades en tonterías. Quizá las mujeres signifiquen el capítulo más importante de mis gastos. Nada de vulgares prostitutas, puedes creerlo. Tengo una esposa. Muy bella y atractiva. Por desgracia, es casi veinte años más joven que yo. Y ella...

McGee gimió en el suelo.

O'Reilly

se incorporó, palpándose la cabeza. De reojo, miró a Wallace con un destello siniestro en sus ojos.

—¿Qué espera, teniente? —bramó, jadeante—. ¡Mate a Wallace o le mataré yo! ¿Qué importa ahora si a lo largo de nuestra vida hicimos esto o aquello? Imagine que alguien estuviera oyéndonos... ¿Se da cuenta?

Benson le miró con irritación. Pero las palabras de O'Reilly habían calado profundamente en su ánimo.

—Está bien —decidió—. No voy a preguntarte nada más, Wallace —decidió—. El dinero debe estar muy cerca, y para buscarlo disponemos de toda la noche. Por otra parte, tu cadáver vale tanto como tú mismo vivo... ¡Seiscientos mil dólares! Y vistas

las cosas así...

Larry vio la tensión de sus facciones, el brillo inquietante de sus ojos, y comprendió que el tercer disparo de Benson sería a matar.

La mano izquierda de Wallace corrió a lo largo de la pierna del mismo lado y sus dedos se introdujeron veloces en la caña de la bota.

O'Reilly

debió adivinar lo que iba a suceder, porque retrocedió de un salto y gritó:

—¡Cuidado! Wallace...

Benson apretó el gatillo. La bala disparada por su revólver alcanzó a McGee en la garganta cuando el sargento trataba de escurrir el bulto.

Aquel disparo casi se confundió con el que acababa de hacer Larry. El pedazo de plomo golpeó en el pecho al teniente y le lanzó contra el pilar de ladrillos que soportaba el cobertizo.

En aquel instante, una luz vivísima iluminó el gran depósito de chatarra.

Garfield se volvió y disparó, obedeciendo pura y simplemente a sus criminales reflejos. Una metralleta tableteó enseguida desde el portalón. Garfield soltó el revólver y cayó de bruces sobre unas viejas camas oxidadas.

Un altavoz desgranaba ya su aviso. Su eco resonó dramáticamente en el cobertizo.

—¡Atención! Les habla Edward Fordyce, del FBI. Les daremos un minuto para salir con las manos en alto.

Arrojen sus armas, obedezcan la orden. Están rodeados y si intentan escapar, mis hombres les impedirán toda huida.

Graham y

O'Reilly

se miraron entre sí, despavoridos. Fue una mirada rápida y desesperada. E inmediatamente, ambos se volvieron al unísono hacia el lugar donde debía encontrarse Larry Wallace.

Ambos tenían un corazón endurecido y rencoroso. De común acuerdo, acababan de decidir que Wallace les acompañaría en el último viaje.

Los disparos les perdieron. Apenas acababan de disparar cuando comprendieron, rabiosos, que Wallace ya no estaba allí.

Por fortuna, los agentes especiales que acababan de introducirse en el solar almacén podían ver con gran nitidez las siluetas de O'Reilly y Graham.

Uno de ellos surgió tras la masa metálica de un viejo camión desguazado. Aquel policía federal se llamaba Losey y tenía un corazón bien templado. Pero cuando Graham y O'Reilly

se volvieron de un respingo hacia el portalón, Losey disparó su metralleta sin dudar.

Los cuerpos de los dos policías cayeron sobre el polvo del cobertizo como muñecos a los que de pronto se les rompe la cuerda.

Luego se hizo el silencio. Los hombres del FBI avanzaron despacio, desconfiados, a cubierto tras los montones de chatarra.

—¡Wallace! —gritó uno de ellos, nervioso.

Una voz les respondió enseguida:

—¡Aquí! ¡Cuidado! No disparen. Me acompaña un amigo. Se trata de Jim Forham. Adelante.

Detrás del montón de fardos de papelote, Jim Forham lloraba mientras trataba de contener la sangre que manaba de las heridas de Larry Wallace.

—Te lo dije, Jim —bromeó Wallace, palidísimo—. Esto tenía que resultar más emocionante que tu combate de boxeo.

Fordyce avanzó, tropezando en los hierros, un minuto más tarde. Y al ver a Wallace con el suéter teñido en rojo, movió la cabeza, abatido.

—Eres un tremendo testarudo, Larry. Te empeñaste en terminar el asunto y creo que lo has conseguido —comentó, con tristeza.

Fuera, una ambulancia dejó escuchar su dramático alarido ululante. Wallace fue evacuado poco después.

También el teniente Phil Benson fue llevado al hospital. Benson iba a continuar viviendo. Naturalmente, su porvenir no iba a resultar muy risueño. Pero...

Aquella noche, los cadáveres de O'Reilly,

Graham y el infeliz sargento McGee fueron alineados junto a la chatarra.

CAPÍTULO XII

El sol jugueteó en los cabellos dorados de Carol Bannis.

Una puerta rechinó levemente, unos pasos se aproximaron. Finalmente, la luminosidad que penetraba por la ventana fue tan intensa que la joven abrió los ojos.

Se despertó llorando. Con los hermosos ojos cuajados de lágrimas.

Había soñado mucho. Un sueño horrible: Larry moría entre sus brazos, acribillado a balazos por un ejército de policías.

—¡Dios mío! —murmuró Carol—. He debido dormir casi doce horas, mientras que Larry...

Entonces advirtió que su padre estaba junto al lecho. Y, cosa extraordinaria, no parecía enfadado el señor Bannis.

—Larry está muy bien, Carol —dijo él, con voz suave.

Carol apartó las manos del rostro y se incorporó de un brinco.

—¿Qué... qué es lo que has dicho? —preguntó, vacilante.

—Que Larry está muy bien. Bueno... Va a permanecer unos días en el hospital, ¿sabes? Poca cosa: recibió un par de balazos.

Carol palideció. Y las lágrimas, ahora conscientes, volvieron a correr por sus mejillas.

—¿Cómo... puedes decirlo con esa frialdad, papá? —pronunció al fin.

—Verás, son los riesgos propios de su profesión. Te dije la verdad; está herido, pero de escasa importancia. Curará pronto. Tal vez puedas verle, hija.

Carol se enjugó las lágrimas.

—¡Sí! Iré a verle. Aunque esté en prisión. Y le esperaré. Creo, papá, que mi amor por Larry Wallace es algo definitivo. Siento que...

—Vamos, Carol, no digas tonterías. Larry no está en la cárcel, sino en el hospital. Wallace no irá a la cárcel, puedes creerlo. No es un asesino, ni un ladrón. Todas las acusaciones que difundió la policía son falsas. Porque Wallace es un hombre del FBI —confesó Bannis.

Carol dio un gritito y se abrazó a él. Luego, de improviso, se desasíó de los brazos de su padre, retiró su rostro y le miró a los ojos.

—¿Es verdad? —preguntó, anhelante y angustiada.

—Absolutamente. Tengo un voluminoso expediente en mi despacho. Wallace firma en todas, las hojas, como agente especial de la oficina federal.

Los ojos de Carol se alejaron hacia la ventana. Pero ahora brillaban con fuerza propia.

—Ahora lo comprendo —murmuró para sí—. Sus desapariciones, sus conocimientos impropios de un simple aficionado al boxeo, su aplomo. Aquel vuelo desde Dowd... ¡descarado!, fingió secuestrar un helicóptero, pero estaba, sin duda, de acuerdo con el jefe de la base. Y sus estancias en la cárcel, sus detenciones... ¡las forzaba él a propósito para espiar a McGee, a Benson, a O'Reilly!

Ahora lo veo todo claramente. Noté tantas cosas extrañas... Cuando nos dirigíamos ayer a Snow Creek...

—¿Qué sucedió?

—Imagínate que llevaba un radio teléfono en ese viejo «Rover»... que es capaz de rodar a ciento setenta kilómetros por hora. La radio... no emitía música. Era una llamada de la policía. Comunicaban que acababa de producirse un atraco. En ese momento, Larry aumentó la velocidad. Cuando llegamos a Snow Creek, me convenció para que yo descansara un rato, mientras él iba al monte... a estirar las piernas... ¡Embustero!

—Bueno, ni tú ni yo sabíamos que ese muchacho fuese un policía federal, Carol. Y la verdad es que durante unas horas estuvo expuesto a un gravísimo peligro. Por fortuna, he tenido el honor de estrechar su mano y escuchar sus explicaciones. Wallace es un policía encargado de una delicadísima misión: desenmascarar a Benson y a otros policías corrompidos que causaban un gran

perjuicio a otros policías intachables. Ahora, Wallace ha terminado su misión..., bien que a costa de su pellejo. Parece un gran muchacho. Y tú, hija, no puedes disimular tus sentimientos hacia él. En fin, un día u otro me dejarás. Prefiero a Wallace que a...

—¿Jordan?

Bannis carraspeó.

—Sí, ¿por qué no decirlo? Jordan nunca me gustó mucho. Demasiado afectado y remilgado. Por cierto, no me extrañaría que los Jordan se arruinasen. Después de divulgar la acusación contra Wallace a través de sus ocho cadenas de televisión, tendrán que rectificar y aclarar muchas cosas. Va a ser duro para ellos. Me encontré con Nelson Davis en la oficina federal. Dijo que quería visitar a Wallace en el hospital y presentarle sus disculpas..., ya que él también puso en juego toda su fortuna, cegado por el odio. Pero, ejem..., dejemos esos detalles desagradables, Carol.

—Tienes razón, papá —respondió Carol—. Lo único que de verdad me importa es Larry.

—¿Adónde vas? —preguntó Bannis, al ver que ella saltaba al suelo.

—¿Qué hora es? —retrucó Carol.

—Las once y media de la mañana. Luce el sol y se anuncia un día muy hermoso, pero ¿puedes decirme adónde te diriges?

Carol salió corriendo hacia el cuarto de baño. Ya en la puerta, se volvió y bromeó:

—¿A ti qué te parece, papá? Desde luego, no a ver a John Jordan, puedes jurarlo.

Veinte minutos más tarde, Carol Bannis penetraba como una tromba en la habitación de Larry Wallace.

Larry dio un grito jubiloso al verla. Y enseguida le abrió los brazos, ansioso por estrecharla contra su pecho. Pero *miss* Bannis le contemplaba con el ceño fruncido, distante y fría.

—¡Carol! ¿No vas a abrazarme, a besarme? —exclamó él.

—Aspirante a boxeador, Larry Wallace, un aventurero con esperanzas de abrirse camino con un par de puños por delante —dijo ella, rígida.

—Pero, Carol, yo... ¡Abrazame, pequeña! —suplicó Wallace.

Ella le miró sin pestañear.

—Esas cosas se avisan, hombre. Debiste decirme que eras un

G-Man,

Wallace... Y que tenías ciertos deberes. Porque... ¿también cumplías con tu deber cuando me besabas, sinvergüenza? —preguntó Carol, irónica.

—Por favor, por favor... Yo no podía hablar, ¿comprendes? El gobernador del Estado había solicitado la ayuda del FBI. Y Fordyce, mi jefe, me encargó del asunto. Para facilitar mi tarea, se me cargó toda una historia de pequeños delitos. Cosas del servicio, ya sabes.

—¿Saliste con Jenny Graham en acto de servicio? —preguntó *miss* Bannis, muy seria—. ¿Y con Josephine, Samantha o Nancy, maldito caradura?

—Vamos, vamos, olvida todo eso. Fueron las circunstancias, debes comprenderlo así. Y ahora ven, estoy ansioso por estrecharte entre mis brazos.

—No —denegó Carol, que no daba a torcer fácilmente su brazo.

Por lo cual, Larry Wallace dejó caer la cabeza sobre la almohada y se lamentó en tono lastimero:

—En fin, qué remedio. Tendré que buscar consuelo en la guapa Josephine. O tal vez Nancy; es comprensiva y muy hermosa. También está Samantha, muy tierna y...

Un chillido estridente le obligó a abrir los ojos. Carol cayó sobre él como una tromba, le rodeó con sus brazos y le besó locamente.

Cuando ambos se separaron, jadeante, Carol tomó a preguntar, muy incisiva:

—¿Qué habías dicho?

Wallace alzó una mano y acarició sus cabellos, mientras murmuraba filosóficamente:

—En fin... Nada de Josephine, ni de Nancy, ni siquiera de Samantha...

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...